
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Coca Aroz, Daniel; Alcaina Pérez, Ana Carmen, dir. Traducción experimental con lenguaje inclusivo de «Genderbending at the Madhattered», de Kameron Hurley. 2018. (1202 Grau en Traducció i Interpretació)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/195724>

under the terms of the  **IN**
COPYRIGHT license

FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU DE TRADUCCIÓ I INTERPRETACIÓ

TREBALL DE FI DE GRAU

Curs 2017-2018

**Traducción experimental con lenguaje inclusivo de
«Genderbending at the Madhattered», de Kameron
Hurley**

**Daniel Coca Aroz
1360432**

**TUTOR/A
Ana Alcaina Pérez**

Barcelona, mayo de 2018

UAB
**Universitat Autònoma
de Barcelona**

Dades del TFG

Títol:

Traducción experimental con lenguaje inclusivo de «Genderbending at the Madhattered», de Kameron Hurley

Traducció experimental amb llenguatge inclusiu de «Genderbending at the Madhattered», de Kameron Hurley

Experimental translation with inclusive language of «Genderbending at the Madhattered», by Kameron Hurley

Autor/a: Daniel Coca Aroz

Tutor: Ana Alcaina Pérez

Centre: Facultat de Traducció i d'Interpretació

Estudis: Grau de Traducció i d'Interpretació

Curs acadèmic: 4t

Paraules clau

Kameron Hurley, Genderbending at the Madhattered, metodologia de la traducció, traducció literària, ciència ficció, estudis de gènere, llenguatge inclusiu, gènere neutre

Kameron Hurley, Genderbending at the Madhattered, metodología de traducción, traducción literaria, ciencia ficción, estudios de género, lenguaje inclusivo, género neutro

Kameron Hurley, Genderbending at the Madhattered, translation methodology, literary translation, sci-fi, inclusive language, neuter gender

Resum del TFG

Traducció de l'anglès a l'espanyol d'alguns fragments del relat curt *Genderbending at the Madhattered*, de Kameron Hurley. Explicació del gènere neutre i per què és necessari i exposició d'alguns casos del seu ús a Espanya i els seus equivalents en anglès i en suec. Experimentació amb el gènere neutre en castellà i anàlisi del resultat. En segon pla, anàlisi del procés de traducció i dels problemes de traducció de ciència ficció.

Traducción del inglés al español de algunos fragmentos del relato corto *Genderbending at the Madhattered*, de Kameron Hurley. Explicación del género neutro y por qué es necesario y exposición de algunos casos de uso en España y los equivalentes del género neutro en inglés y en sueco. Experimentación con el género neutro en castellano y análisis del resultado. En segundo plano, análisis del proceso de traducción y de la problemática de la traducción de ciencia ficción.

Translation from English to Spanish of some parts of the short story *Genderbending at the Madhattered*, by Kameron Hurley. Explanation of the neuter gender and why it is necessary. Presentation of some cases in Spain and the equivalents of neuter gender in English and in Swedish. Experimentation with the neuter gender and analysis of the results. Secondly, analysis of the translation process and the problems in the translation of science fiction.

Avís legal

© Daniel Coca Aroz, Barcelona, 2018. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització del seu autor/de la seva autora.

Aviso legal

© Daniel Coca Aroz, Barcelona, 2018. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Legal notice

© Daniel Coca Aroz, Barcelona, 2018. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcasted and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

Contenido

| | |
|--|-----------|
| 1. Introducción | 1 |
| 2. Antecedentes | 1 |
| 3. El género neutro | 3 |
| <i>3.1. El género neutro en castellano.....</i> | 3 |
| <i>3.2. El género neutro en otras lenguas.....</i> | 3 |
| <i>3.2.1. El género neutro en inglés.....</i> | 4 |
| <i>3.2.2. El género neutro en sueco.....</i> | 4 |
| <i>3.3. Usos del género neutro y del lenguaje inclusivo en España</i> | 5 |
| 5. Metodología | 6 |
| 6. Problemas de traducción | 7 |
| 7. Traducción | 10 |
| <i>7.1. Traducción libre.....</i> | 10 |
| <i>7.2. Traducción normativa.....</i> | 21 |
| 8. Conclusiones..... | 32 |
| 9. Bibliografía. Obras consultadas..... | 32 |
| 10. Anexos | 34 |

1. Introducción

La intención de este trabajo es, por un lado, encarar y resolver (en el caso que se trata) algunas dificultades de la traducción de obras literarias de ciencia ficción, como los neologismos, y por el otro lado, experimentar con la viabilidad del género neutro en la traducción.

El texto ha sido escogido, además de por el interés personal en la ideología subyacente, porque ofrece varias dificultades que obligan al traductor a salir de su zona de confort a la vez que pueden ser de gran interés traductológico.

Como se suele esperar del género (Csicsery-Ronay, 1996), el texto contiene cierta cantidad de neologismos, propios del mundo ficticio de la obra y que suenan naturales aunque desconocidos en inglés, esto es, un angloparlante que los oyera tal vez los buscaría en el diccionario antes de dar por hecho que son palabras inventadas. Estas expresiones carecen, obviamente, de un equivalente en nuestra lengua, por lo que se considera necesario transcribirlas y dar lugar a nuevas expresiones que resulten naturales al oído del castellanoparlante.

Sin embargo la peculiaridad principal del texto es el género en la sociedad. En el mundo de la obra las personas pueden cambiar de sexo a su antojo, pero según la norma social, solo son adultos y tienen identidad y valía aquellos que han escogido un sexo y lo mantienen. Para poder ser considerados personas y figurar en la Historia (una especie de registro) mediante una fotografía tomada por un funcionario, deben, por ley, escoger un sexo y mantenerlo durante 20 años hasta que hayan perdido toda fertilidad. Esta sociedad mantiene que la identidad propia solo se forma tras esta elección, y rechaza y margina a quienes no dejan de cambiar (considerados eternos adolescentes), a los homosexuales y a los asexuados.

Todo esto significa que el texto original puede hablar de un personaje como *she* y solo dos frases después referirse al mismo personaje como *he*. Por la naturaleza de nuestra lengua es muy común elidir el sujeto; los «él» y «ella» se utilizan para especificar de quién hablamos si hay cambio de sujeto, pero no si es el mismo. En caso de darse un abuso de estos pronombres el texto resulta antinatural y es fácilmente señalado como una mala traducción.

2. Antecedentes

En la sociedad occidental predomina el sistema de género binario, esto es, se considera que existen hombres y mujeres, y cualquier cosa que no encaje en una de esas dos marcas se considera desviado o una señal de desequilibrios mentales (Blanco, 2017). Una persona nace con unos órganos reproductivos concretos y con base en eso se le

asigna un género, y esta persona puede crecer, ir formándose la capacidad de raciocinio y de introspección y llegar a la conclusión de que no se identifica con el género que le fue asignado. Desmontar las ideas que le han enseñado sobre el sistema de género para poder aceptarse a sí misma no es el único reto al que debe enfrentarse. Quienes se ven en esta situación suelen buscar el apoyo de sus seres queridos y puede que introduzcan cambios en su apariencia o en su cuerpo con tal de verse a sí mismas reflejadas en el espejo. Al mismo tiempo intentarán seguir viviendo sus vidas con normalidad, pero como ya hemos dicho, una gran parte de la sociedad concibe el género binario como la única realidad y es probable que estas personas no reciban la aceptación que necesitan y en su lugar sean rechazadas por los suyos o incluso perseguidas. Personas así han existido siempre, otra cuestión es que la sociedad no les permitiese alcanzar puestos de poder, ergo fueron pobres e invisibles, o que su mera supervivencia fuera ligada con su capacidad de pasar desapercibidas. Es lógico entonces que la lengua, en consonancia con la ideología de sus hablantes, haya evolucionado dando un papel tan principal al género masculino, cuya forma es la misma que la del género no marcado, esto es, el inclusivo, y que el género neutro existente se limite a adjetivos y nociones abstractas, y otras formas gramaticales que no vienen al caso.

En castellano, en el uso del género no marcado lo que suena es únicamente el masculino, pero se insiste en que en significado representa a los dos géneros. Independientemente de si es o no válida esa respuesta de cara al problema de la representación de la mujer, esta no resuelve el problema que planteamos: que, en primer lugar, en su situación actual la lengua no contempla la existencia de las personas de género no binario y facilita o, directamente, contribuye a mantenerlos en la invisibilidad y, en segundo lugar, obliga a dar grandes rodeos lingüísticos si uno se propone no ofender al colectivo ni a los conservadores de la lengua (un compromiso al que en parte renunciamos en este trabajo por falta de tiempo).

Teniendo en cuenta todo lo explicado, hemos decidido experimentar adaptando la lengua en busca de los siguientes resultados. En primer lugar, al volver más ambiguo el significante en consonancia con el significado, estaremos volviendo la lengua menos exclusiva, y así tanto la mujer como quienes se salen de la norma de género establecida pueden sentirse aludidos e incluidos en un enunciado. Conviene ponerse en la piel de otra persona (una que no se identifica con el género que le asignaron) y pensar en el daño que le puede causar que la traten a diario con el género equivocado; una invalidación constante, un recordatorio de que no se la considera lo que es en realidad, un ataque a su identidad. Por esto algunos colectivos consideran lo más sano y respetuoso no presuponer el género de nadie.

En segundo lugar, la visibilización. Vemos importante normalizar su situación: intentar que la sociedad sepa que existen y que su género no es una excentricidad, que es algo natural y que son seres humanos como cualquier otro.

3. El género neutro

3.1. El género neutro en castellano

Una de las primeras activistas en proponer la construcción y el uso de un género neutro en español fue la británica Sophia Gubb en su blog, en el cual propuso utilizarlo para referirse a personas de género no binario, a grupos heterogéneos y a personas cuyo género se desconoce o no se especifica. He aquí su explicación:

Simplemente hay que usar la “-e” en vez de la “-a” o la “-o” como sufijo. ¿Por qué la “e”? Bueno, lo escogí porque es un sonido que es común en español y no suena demasiado forzado. Además existe ya en varias palabras que no muestran género como “fuerte”, “inteligente”, “excelente”, “estudiante”, “gerente”, y “presidente”. Digamos que estamos usando lo que ya existe, pero dándole un uso más extensivo. (Gubb, 2018)

Ni en el artículo de Sophia Gubb ni en este trabajo se propone una conversión total de la lengua; el género neutro no tiene por qué cambiar de forma cuando no nos referimos a personas. No cambian, entonces, frases como: «conseguiremos lo imposible», «llévate aquello» o «me sorprende lo poco que hablan».

Obviamente, en el uso del género neutro se siguen aplicando las reglas ortográficas: si una «e» va a continuación de una «c», esta cambia por «qu», si va a continuación de «g», esta cambia por «gu», si va a continuación de una «j», esta cambia por «g», y si va a continuación de una «z», esta cambia por «c». En la práctica, en lugar de decir un chico, se diría une chique, en lugar de gallego, se diría gallegue y la moza coja, si desconocemos su género, se diría le moce coge. En este último caso nos puede venir a la mente que ya existe el artículo neutro «lo» y que si existe se debería usar, pero consideramos que la forma del género neutro en castellano aplicada desde siempre a adjetivos y nociones abstractas suena exactamente a eso, a concepto o a algo impersonal, y que mezclarlo con el género neutro que queremos usar para las personas no aportaría más que confusión y entorpecería su aprendizaje.

3.2. El género neutro en otras lenguas

El español no es la única lengua en la que se han propuesto cambios con el fin de alcanzar un habla más justa para todos. A continuación, exponemos dos ejemplos del uso del género neutro en otras lenguas: el inglés y el sueco.

3.2.1. El género neutro en inglés

En inglés, el pronombre plural *they* y sus flexiones (*them*, *themselves*) se utiliza para referirse a un grupo, ya sea de personas, de animales o de objetos. Llamado *singular they*, se utilizó también desde el siglo XIV hasta mediados del siglo XIX para referirse a alguien cuyo género era desconocido, aunque se tratase de una única persona. En el siglo XVIII los gramáticos ingleses comenzaron a criticar la falta de concordancia de número en la sintaxis, visible por ejemplo en la cita de Shakespeare: «God send everyone their heart's desire», en la cual *everyone*, que es singular, va seguido del dicho *they*. Se propuso el uso del *he* (él) y rechazaban el desdoblamiento (*he or she*) alegando que era incómodo o repetitivo. Cabe destacar que los gramáticos eran hombres predicando desde el punto de vista de su época; no veían ningún mal en favorecer la concordancia sintáctica en detrimento de la concordancia semántica, esto es, hablar en masculino aunque hubiera mujeres en el grupo. Al fin y al cabo, pensarían, la gran mayoría de las veces (que se usase el *he*) sí que se estaría hablando de hombres. En 1850 el Parlamento del Reino Unido aprobó, con la intención de reducir la longitud de sus textos legislativos, una ley que dictaba el uso del pronombre *he* y sus flexiones como pronombre de género no marcado.

A pesar de todo, el uso del *they* singular nunca se perdió por completo y en la década de 1970, coincidiendo con la segunda ola feminista, comenzó a resurgir el interés por este pronombre. Es difícil medir su uso entre la población angloparlante y su aceptación en la lengua culta no es total, pero no cabe duda de que ha ido en aumento en el uso informal. Lo demuestran las últimas ediciones de diccionarios como el *Garner's Modern English Usage*, el cual califica el uso del *he* no marcado como «el uso tradicional, hoy en día ampliamente criticado como sexista» (Garner, 2016: 460), o el *Fowler's Dictionary of Modern English Usage*, que lo describe como «el ya anticuado uso del *he* para referirse a cualquiera» (Fowler, 2015: 367), o el manual de estilo del Washington Post, el cual recomienda dar rodeos siempre que sea posible y utilizar el *they* solo como último recurso, excepto para referirse a personas de género no binario.

3.2.2. El género neutro en sueco

En el caso del sueco, en el pasado existían solamente el pronombre personal *han* (él) y *hon* (ella) y no existía uno de género neutro, aunque sí existía un pronombre neutro para referirse a objetos inanimados: *den*. En 1966 el lingüista Rolf Dunås se inspiró en el pronombre neutro *hän* del finlandés para proponer decir *hen* como pronombre de género neutro, pero no tuvo mucho éxito. En la década de los 2000 la comunidad transexual se apropió del pronombre y a finales de la misma, coincidiendo con la cuarta ola del feminismo, el término comenzó a ganar presencia, utilizado de forma regular en la

revista feminista *Ful* y descrito en la enciclopedia sueca *Nationalencyklopedin* como el pronombre recomendado de género neutro. En 2012 el asunto saltó a la televisión en forma de debate y despertó el interés del público. Un año después la ministra de Igualdad de Género Maria Arnholm utilizó dicho pronombre en un debate en el parlamento sueco y al poco tiempo el Parlamento emitió un comunicado oficial explicando que este pronombre no se debía utilizar en documentos legales, pero daban vía libre a los miembros del Parlamento que desearan utilizarlo en debates o al presentar mociones. Como buen ejemplo de su crecimiento, en 2014 la revista de lingüística *Språktidningen* anunció que el índice del uso de *hen* (género neutro) en comparación con *han/hon* (género marcado) en la prensa escrita había pasado de 1 contra 13.000 en 2011, a 1 contra 300 en 2014. Además, en 2015 la Academia Sueca lo introdujo en la nueva edición de su diccionario oficial.

3.3. Usos del género neutro y del lenguaje inclusivo en España

El género neutro es muy reciente y no ha alcanzado en España el sorprendente nivel de popularidad que alcanzó el pronombre *hen* en Suecia. Aun así, ya ha tenido sus primeras apariciones en algunas traducciones, como es el caso de la novela *Luna nueva*, de Ian McDonald, donde se habla y se refiere a «les neutres» siempre usando el género neutro. En el medio audiovisual, el género neutro ha aparecido en series como *Día a día* (*One Day at a Time*), y en *Dedé y Philipp* (*Danger & Eggs*). Es interesante señalar que en estas tres obras el uso del género neutro se limita a escasos personajes de género no binario, resaltándolos como algo especial, pero con el resto del elenco se siguen presuponiendo los géneros tradicionales. Es comprensible, obviamente, porque la intención principal suele ser vender un producto y para eso se pretende que el lenguaje sea asequible. De ahí que estos ejemplos no representen una meta por sí, pero sí son un buen primer paso.

Asimismo, otras estudiantes de grado han realizado al mismo tiempo que nosotros sus trabajos de fin de grado sobre lenguaje inclusivo, como Laura Sánchez, que ha trabajado en *Estrategias de subversión de género/sexo en la lengua española*, o Carla Fuentes Megía, con su trabajo *Feminismo y traducción. Género y lenguaje inclusivo*.

Sin llegar al punto del cambio en la lengua que supone el género neutro, contamos con diversas guías institucionales del lenguaje inclusivo como testimonio de la importancia que puede llegar a tener la lengua en este ámbito. Algunos ejemplos son la propia *Guía para el uso no sexista del lenguaje en la Universitat Autònoma de Barcelona*, la guía *Igualdad, lenguaje y Administración: propuestas para un uso no sexista del lenguaje*, de la Conselleria de Bienestar Social de la Generalitat Valenciana o la *Guía sindical del lenguaje no sexista*, de la Secretaría de Igualdad de la UGT, además de muchas otras.

5. Metodología

El propósito inicial era llevar a cabo la traducción de un texto literario de ciencia ficción como material de entretenimiento y que debía transmitir las mismas emociones que en la lengua meta y analizar esta traducción y sus problemas, en especial aquellos relacionados con la traducción del género. El cambio del propósito de la traducción que se produjo más adelante (esto es, la experimentación con el género neutro) no alteró a grandes rasgos la metodología de traducción.

Procedimos a leer el TO completo e identificamos los problemas de traducción como neologismos o expresiones y seleccionamos fragmentos para traducir con la intención de no dejar fuera ningún problema de traducción de interés. Desde ahí comenzamos a traducir el texto y encaramos cada problema de uno en uno; los problemas mayores que requerían consulta se dejaban a un lado y se continuaba con el resto, pero el empeño estaba puesto desde el principio en producir una versión más bien pulida, incluida la aplicación del género neutro, el cual fue ganando importancia a lo largo de los primeros meses del trabajo. Después de eso, pasados unos días, revisamos el TM sin consultar el TO con tal de buscar cualquier expresión poco idiomática. Siguió otra revisión con el TO para asegurar que no habíamos cambiado ningún sentido. A lo largo de todo el proceso hubo un especial cuidado en el género neutro, al cual estamos tan poco acostumbrados y se nos olvidaba con facilidad.

Tradujimos siempre buscando un equilibrio entre la naturalidad y respetar el estilo del autor; juntamos algunas (pero no todas) de las oraciones que resultaban cortas y poco naturales en castellano. Por lo general mantuvimos el vocabulario al mismo registro (medio) que el del texto original, pero rebajamos algunos términos de registro culto con tal de ofrecer al lector la posibilidad de centrarse en el género neutro.

Una vez terminada la traducción, nos propusimos presentar también una versión de la traducción en lengua estándar, no por falta de compromiso con la aplicación del género neutro sino por comparar las dos versiones. Contamos los cambios y llegamos a cambiar más de 100 artículos, pronombres, adjetivos y sustantivos del género neutro al masculino y alrededor de la mitad al femenino, y esto solo porque escogimos tratar en femenino a la protagonista. En muchos de estos casos la narradora se estaba refiriendo a su grupo (mixto) de amigos.

Presentamos así dos versiones del texto; la primera, con la traducción libre con género neutro y cuya única disonancia con la norma de escritura aparte de la obvia es que los neologismos no están en cursiva, y la traducción normativa, que se explica por sí misma. Cabe señalar un conflicto entre el propósito de la traducción libre y la naturaleza del TO. La autora se sirvió de los pronombres *he* y *she* para señalar los constantes y cotidianos cambios de sexo de los personajes, y sin estos contrastes el relato pierde una faceta relevante. Dado que la versión libre del texto ya es bastante

novedosa de por sí y ya cumple una función experimental muy importante decidimos que en esta se tratase a todos los personajes en género neutro para evitar el caos, salvo en los casos en los que se menciona directamente a un hombre o a una mujer para evitar una discordancia sintáctica demasiado chirriante. El contraste del cambio de sexos se conserva en la versión estándar del texto, donde es más visible todavía.

6. Problemas de traducción

El propio título de la obra es por sí mismo un problema de traducción. La primera palabra, *Genderbending*, significaría literalmente «cambiando de género». En el sentido de la obra, *gender-bend* significa «perturbar o alterar las prescripciones de género», y suele tener una connotación activista. Una opción que nos agradaba y que seguiría el tono de las ideas del relato era «Rompiendo el género».

Pasamos a la segunda parte del título: *at the Madhattered*. Es el nombre del local donde el protagonista suele reunirse con sus amigos. Compuesto por el nombre *Mad Hatter* (Sombrerero loco, de *Alicia en el país de las maravillas*) y la partícula de participio *-ed*. Barajamos las siguientes soluciones: Sombrerero alocado, Sombreado loco, Madhattered, Sombrerere loque, Sombrerero loco. La primera y la segunda opción son largas y ni conservan el sentido original ni poseen un sentido propio que aporte algo, la tercera opción es una salida fácil que no nos acababa de convencer, pues en este relato concreto buscamos la naturalidad y queremos que se sepa a qué hace referencia el nombre del pub; a un personaje tachado de loco y opuesto a la autoridad. Queda entonces escoger entre la cuarta y la quinta opción y aventuramos que el Sombrerero, un personaje creado por un señor conservador y creyente a mediados del siglo XIX, se identificaba con el género masculino, elección alentada por el deseo de que se sepa y se entienda de qué personaje se está hablando.

Ahora bien, *Rompiendo el género en el Sombrerero loco* sería un título confuso, ya que la gente no sabe de entrada que el Sombrerero es el nombre de un pub y no el del personaje de una famosa novela. Podrían deducirlo si el propio título no hablase de géneros; induce a considerar que el título se refiere a un estudio sobre la identidad de género del conocido personaje. Teniendo en cuenta la importancia que da la narración a la amistad y las conversaciones de la protagonista con algunas personas que frecuentan ese local, barajamos opciones como *Rompiendo el género en el pub*, o *Rompiendo la norma de género en el pub*, o *Rompiendo las normas en el pub*.

El nombre de la protagonista de la historia (Cue) fue otro caso complicado. El sentido de la palabra en inglés que nos interesaba era el de dar pie o dar entrada a algo o alguien. Siendo tan corto y sonando tan poco natural en español no se prestaba a dejarlo sin traducir (además de que habíamos establecido como norma traducir todos los

nombres). Barajamos como opciones pista, señal y seña, en el sentido de algo que da a entender un mensaje y lleva a alguien a la acción, y escogimos seña por su sonoridad.

Encontramos otras complicaciones durante la traducción, como el nombre de las estaciones. En un momento de la historia, Sunshine (traducido como Sol), un personaje que en ese momento es hombre, un golpe en la entrepierna y se pasa las tres semanas siguientes siendo mujer *out of spite*. Según la definición de la expresión esto significa que lo hace por rencor, por venganza, por hacer daño, pero no tiene sentido; ¿a quién le haría daño eso, si está soltero y no se insinúa que tenga relaciones con nadie? En ese momento de la historia acaba de conocer al protagonista, así que a él tampoco le fastidia mucho. Todo señala a que no quiere decir eso, sino que lo hace por recelo, porque le causó tal dolor que prefiere ser mujer y no tener un órgano masculino por el que preocuparse, de modo que traducimos *out of spite* como «por puro recelo».

Los nombres de algunas bebidas también resultaron un poco complicados. El *tarl* es una bebida alcohólica cuyo nombre no suena natural en español. Decidimos españolizarlo como *tarlo*. Más adelante en el relato surgió el cóctel *tonic and tarl*, que barajamos traducir como *tarl-tonic*, que parecido a gin-tonic, pero no sonaba en absoluto natural y lo traducimos como «tónicas con *tarlo*». Otro cóctel llamado *sprin* originó la duda de si españolizarlo como esprín, pero pensamos que el lector está habituado a los extranjerismos y que hacen más interesante la historia, y que este se da cuenta y le desagrada cuando se encuentra una palabra españolizada.

A continuación, catalogamos algunos de los problemas de traducción en ámbitos basándonos en la *Metodología de la traducción del inglés al español* de Mariana Orozco, que los clasifica como problemas de comprensión, de transferencia, de reexpresión y problemas de traducción pragmáticos. Los tres primeros tipos se dividen en lingüísticos y extralingüísticos. En este trabajo, dado el universo ficticio en el que se basa el relato, los problemas extralingüísticos (más relacionados con las culturas del TO y del TM) eran escasos.

| Problema | Texto original | Procedimiento | Texto meta |
|--|---|--|------------------------------------|
| Problema de comprensión y de reexpresión | «Mandalas straight up, sprins over ice» | No son los neologismos el problema, sino las expresiones «straight up» y «over ice» cuyo significado y posible traducción desconocíamos. Procedimos en primer lugar a buscar definiciones en internet, comenzando por diccionarios como las versiones online del <i>Collins English Dictionary</i> y del <i>Cambridge English Dictionary</i> , y mediante búsquedas en | «Mandalas solos, sprins con hielo» |

| | | | |
|---------------------------|---|--|--|
| | | Google llegamos al blog de Jerry Morgenthaler que define los términos con toda la precisión posible (que no es demasiada dada la confusión que rodea estos términos) | |
| Problema de reexpresión | «Some neuter youths were throwing stones at the windows of one of the tuck shops, and I wanted to bring a copy of the photograph back to the city and put it into the Sage collection in the archives. I was going to call it "Violence Outside the Window," which I thought was quite clever.» | El juego de palabras <i>Violence Violence Outside the Window</i> no podía traducirse directamente. «Violencia fuera de la ventana» sería una traducción fiel pero en absoluto idiomática. «Violencia tras la ventana» cumplía, pero no era coherente con la afirmación de ser ingeniosa de la narradora. «Violencia fuera del marco» es más algo más distante del original, pero más fiel al sentido y coherente con el ingenio que debería contener la expresión. | «Violencia fuera del marco» |
| Problema de transferencia | Margin and Rule called me three times, concerned about my mental state. "She's a small-town flirt," Margin said. "I've met a thousand like them. Get off the floor. Come meet us at the Madhattered." | <i>Get off the floor</i> podría traducirse como «levanta» o «levanta de ahí», pero nada en el contexto indica que la persona esté echada en el suelo, por lo que seguramente sería un calco. Escogimos interpretarlo como una expresión y llegamos a la conclusión de que «espabila» era una traducción ideal. | «Espabila y ven con nosotros al Sombrero.» |
| Problema de transferencia | <i>Low spring / low autumn / high summer</i> | La protagonista menciona que hay ocho estaciones y que una estación dura cuatro semanas, pero ni nombra todas las estaciones ni se explica el calendario en ningún momento. Solo menciona las estaciones que ya conocemos con un adjetivo delante; «low spring», «low autumn» y «high summer», lo cual nos permite interpretar que las cuatro estaciones conocidas están duplicadas. Normalmente, | Baja primavera / bajo otoño / alto verano |

| | | | |
|--|--|--|--|
| | | los adjetivos <i>high</i> y <i>low</i> deberían traducirse como «a principios de» o «a finales de», pero si lo tradujéramos así no habría ocho estaciones y se perdería el sentido original. Sin osar crear nuevos nombres para las estaciones, la única opción es calcarlos del inglés. | |
|--|--|--|--|

7. Traducción

7.1. Traducción libre

Rompiendo el género en el pub

Mis amigos son cícliques, como las ocho estaciones; siempre cambian, siempre son los mismos. Yo nunca lo creí. De los demás, de mí misma. No me gustaba la política.

Fotografío a gente de género perpetuo en pequeños pueblos apartados de la ciudad, pueblos con nombres como Ceniza, Haya y Cilantro. Después de medio año de viaje siguiendo las enfangadas vías del tren, llamando a puertas de madera con nudos y atadas con cordel; después de cien debates con operadores sobre llamadas mal dirigidas, recargos, líneas desconectadas o inexistentes; después de todo eso, lo único que quería era volver a la ciudad, al Sombrero loco, a beber y pensar en cualquier cosa menos en política.

Mis amigos apostaban sobre cuándo volvería; nos solíamos encontrar allí trece horas antes del amanecer. Plumín y Página siempre llegaban los primeros, siempre discutiendo: debatían sobre el dogma heterosexista, o sobre quién podría beber más tarlos sin incumplir la conducta de género apropiada. Margen solía beber mandalas e insistirme en que era de bárbaros que en este país todavía fuese un tabú beber alimentos procesados.

Norma se presentaba siempre igual, por supuesto. Entraba alta y con las caderas estrechas, como denuncia a las autoridades sociales y la prescripción de género. Se arrancaba la barba porque el gobierno no le permitía eliminársela con cirugía. Su deseo de tener mejillas suaves no encajaba con su prescripción de género, especialmente por ser queer.

—No es nada personal —me explicó cuando lo conocí, tras pedirle que fuera mujer por aquella noche—. Es solo que nací así.

Siempre era Norma quien pedía las bebidas: mandalas solos, sprins con hielo, cuatro tónicas con tarlo... y después pedía las nuestras.

Siempre acabábamos la noche todes borraches, Margen fuera de sí a mi lado, vistiendo una túnica azul o un tutú rosa y con suficiente maquillaje encima para pintar un paisaje. Plumín y Página gritándose por decidir a quién le tocaba ser hombre en su interminable telenovela de adolescentes, Margen balbuceaba sobre le amante que había perdido aquella noche, y Norma llevaba un vestido de forma ilegal. Dos horas antes del amanecer, cuando las parejas de sexo perpetuo se iban a casa, con sus baños y sus bebés y sus cercas blancas, comenzábamos a hablar de fotografías. Historia. Hablábamos de quiénes éramos y de quién queríamos ser.

Aquellas noches eran las peores.

Pero necesito contarte lo que yo hacía fuera del Sombrero loco, antes de Sol fluide y el fin de la adolescencia. Antes del perpetualismo, de la complacencia, de la madurez.

Las fotografías forman nuestra memoria histórica, nuestro pasado. La imagen de nuestros ancestros, sexados en el ideal de su visión al descubrir nuestro paisaje de arena y piedra, es nuestro punto de partida: ellos sobre la playa negra, envueltos en la persistente niebla marina, posados entre bosques de color ámbar, grabando nuestro paisaje con tanta consideración como grababan su propia existencia; eso era entonces cuando el paisaje todavía era importante. Cada uno de nosotros es recordado del mismo modo. Les fotógrafes, mediante las fotos, prueban nuestra existencia. La mía. La tuya. La nuestra.

Soy uno de esos fotógrafes. Ayudo a registrar a cada ciudadano maduro que se haya formado una noción de su identidad de género. En pueblos pequeños como Atanasia o Bardana, en el norte, la mayoría se fotografían como hombres; ese es el género perpetuo que escogieron, y en el que el gobierno dispone que deben ser grabados. Tienes que vivir con el perpetualismo hasta que hayas agotado tu capacidad reproductiva. Después de eso algunos vuelven a cambiar —muchos lo hacen antes de que yo llegue al pueblo— pero de verdad, no importa mucho después de la fotografía; lo que hayas escogido como tu sexo perpetuo de veinte años es aquel por el que serás recordado, aquel que forma tu identidad perpetua para la posteridad. En un pequeño pueblo llamado Hierba, al sur de Atanasia, tuve que esperar cuatro semanas —una estación entera— a que la mitad de los ancianos se hicieran de nuevo mujeres para poder tomar las imágenes que, por ley, les representarían para siempre. Todos esos perpetuos, adultos, tan seguros de quiénes eran, de cuál era su lugar en la vida. Les envidiaba; su inmutable núcleo de identidad, su noción de sí mismos como una parte del presente histórico, permanentemente grabado para nuestro futuro.

Después de conocer a Sol llamaba cada noche que pasaba en uno de esos pueblos diminutos, y cada vez que llamaba, Sol se reía y decía:

—Diles que te manden a casa, Señal. Yo te recordaré quién eres.

Pero la Sociedad Historiográfica tiene su propia agenda, tanto entonces como hoy, y normalmente para cuando llegaba a la ciudad el alto verano ya había acabado, las hojas se volvían de color lavanda, y yo ya casi había olvidado las peculiaridades de Sol que me fascinaron desde el primer momento.

El día que conocí a Sol había colocado mi grabador frente a un par de escaparates en un pueblecito llamado Salvia. Unes chiques asexuados estaban tirando piedras a las ventanas de una de las tiendas de golosinas, y quería tomar una fotografía y llevarla a la ciudad para la colección de Salvia de los archivos. La iba a llamar «Violencia fuera del marco», lo cual me parecía bastante ingenioso. Normalmente no nos está permitido fotografiar a menores asexuados. No se les considera parte de la memoria histórica hasta que hayan escogido un género perpetuo. Sin embargo, les mayores del pueblo estaban teniendo problemas con estos jóvenes vándales, de modo que me contrataron para que, mediante mi artefacto, les consiguiera las pruebas que necesitaban para exigir una indemnización a las familias de les chiques.

Después de tomar algunas imágenes me avistaron desde la otra punta de la calle y comenzaron a tirarme piedras. Me entró el pánico. Me colgué del cuello el grabador, dejé allí el trípode, crucé a toda prisa la primera puerta que me abrieron...

Y tropecé con un hombre rubio y delgado que daba una presentación estacional sobre teoría de la mutación de sexo a un grupo de prostitutas. Caímos sobre la alfombra granate en un enredo de piernas y brazos. Yo acabé con su pelo en la boca, mi grabador clavado en su entrepierna y elle me dio tal puñetazo que me dejó un ojo morado.

El grabador no se rompió y Sol no se había hecho daño de verdad, pero pasó las tres semanas siguientes siendo mujer por puro recelo. Le invité a cenar para compensárselo y respondió que no le gustaba comer en público porque su última pareja era de Tosalina, y para les tosalines comer en público era estéticamente poco atractivo.

Nos decidimos por tomar agua helada. Yo la pedí con un cítrico.

Sol gesticulaba con sus finas manos al hablar. Su voz era suave y elle era muy abierta y elocuente. Era la única persona cuyos gestos no cambiaban con su sexo. Me seguía mirando directamente a los ojos cuando era hombre y usaba los mismos gestos afeminados. Cuando se reía seguía sonando a risilla de chica. Su indiferencia hacia la prescripción de género enervaba incluso a algunos de mis amigos. Lo adoraba.

Era delgade y tenía las caderas estrechas incluso cuando era mujer. El gobierno le había recomendado hacerse hombre perpetuo, ya que dar a luz con esa cintura lo mataría. Por eso nunca había tenido ningún problema de identidad desde antes de tener sexo. Siempre le envidié por eso. Era sociosanitarie y orientadore de salud en la Universidad, lo cual explicaba su conferencia en el burdel en Salvia. Practicaba yoga y sabía jiu-jitsu.

Al final de nuestra cita de agua helada me pidió mi número. Decía que quería una copia de las fotos cuando salieran.

No volví a la ciudad hasta pasadas dos semanas, y entonces pasé cuatro días encerrada en casa esperando a que llamase. Bebí un montón de agua con sabor a cítrico. Margen y Norma llamaron tres veces, preocupades por mi estado mental.

—Es un ligue de pueblo —me dijo Margen—. He conocido a mil como elle. Espabila y ven con nosotros al Sombrerero.

Pero no fui. Sol llamó y me invitó a cenar, intentando superar las manías de su último amante. Pasé tres días intentando decidir en qué sexo presentarme, y una hora antes de la cita llamé a Norma, histériqué y pidiéndole consejo.

—Mira —me dijo—, cualquiera a quien las autoridades sociales vayan a etiquetar como hombre perpetuo va a querer pasar alguna noche con un hombre. Le puede ayudar a compensar los veinte años que le esperan de emparejamiento perpetuo con una mujer. El gobierno mete sus sucias manos en todo.

Así que fui a la cita como hombre y comimos un poco y hablamos un montón. No se me acababan las cosas de que hablar con elle. Ambes habíamos estudiado teoría política y ambes aborrecíamos El Revisionismo, el partido político favorito de Norma.

Sol me llevó a su piso. Las paredes brillaban con distintas capas de colores; pinturas.

—¿Quieres algo de beber?

Asentí. Me trajo una tónica con tarlo de la cajafría mientras yo miraba los cuadros.

—¿Son tuyos?

Asintió.

Los colores se desbordaban de los cuadros; naranja, magenta, carmesí, neón, amarillo, turquesa, bermellón, lavanda. En uno de ellos, dos figuras de sexo indeterminado bailaban y se abrazaban. Un marco de palabras demasiado pequeñas como para leerlas los rodeaba. Otro lienzo retrataba la forma de un hombre sexado vistiendo ropa de género femenino, y una mujer sexuada vistiendo ropa de género masculino. La placa decía «Dicen que el amor tiene un sabor amargo. ¿Pero qué importa? ¿Qué importa? Yo te he probado. El amor sabe agridulce».

Entonces vi a Sol con otros ojos; el hombre delgado y rubio a mi lado. Eran cuadros cáusticos. Antigobierno. Antiprescripción de género. Norma me había contado lo que le hacían a la gente que creaba obras como esas.

—Te podrían encerrar por esto —le dije.

Tomó un trago sin dejar de mirar el cuadro del amor agridulce.

—Quería enseñártelos —respondió—, por si pensabas que soy demasiado revolucionarie para asociarte conmigo. —Tenía unas pocas pecas en la nariz y las mejillas. Quería tocarle.

—No es más que otro de tus encantos —le dije.

Me besó.

Pasé allí la noche.

Margen me dijo que probablemente estaba enamorada.

Nos acurrucábamos en nuestra mesa del Sombrerero. Se me derramaba todo lo que cogía. Plumín y Página charlotteaban sobre el curso de lesbianismo de la Escuela de la Sexualidad de Libro. Estaban intentando, sin mucho éxito, mantenerse ambas mujeres durante días seguidos. Era demasiado como el perpetualismo, decían. Margen llevaba un tutú y tacones rojos, pero yo no estaba segura de que fuera una mujer por completo aquella noche. Las ideas políticas de Norma eran pegadizas.

—No quiero estar enamorade —le dije a Margen—. El amor es tan mutable como el sexo.

Puso los ojos en blanco.

—Qué pasa, ¿te crees que solo se trata del sexo? Nunca va solo del sexo. Quizá para les queers y les perpetues, pero no para nosotros. Demasiada variedad. ¿Por qué escoger uno y descartar el otro, si no por amor?

Pero yo no quería estar enamorade. Sabía que lo que significaba. Sacrificio. Obligación. Perpetuación. Dos personas se emparejan y tienen que saber quiénes son: para siempre, incambiables, tan permanentes como una fotografía, como la historia.

Sol me pidió que me fuese a vivir con él y me hizo espacio en su piso. Llevé mis fotos, mi grabador, mis discos de vinilo, mi ropa normativa, mis libros de fotografía, los de teoría de género y los de evolución sexual. Me monté mi propio rincón dentro de su mundo.

Sol iba a sus clases de jiu-jitsu dos veces por semana y pintaba cuatro veces. Cuando estaba fuera, yo me paseaba por su estudio en la habitación libre del piso. Me gustaba tocar los pinceles y mojar los dedos en la pintura. Me gustaba toquetear las cosas que había usado él. El olor de esa habitación siempre me recordaba a Sol: pintura húmeda, los lienzos en blanco, la pintura aguada. Las gotas de pintura en el suelo formaban su propio retrato peculiar de Sol. Siempre que lo echaba de menos divagaba lentamente por esa habitación, bañándome en el aroma.

El gobierno me mandaba fuera cada año, normalmente desde el alto verano hasta la baja primavera o el bajo otoño, lo que significaba que solo pasaba medio año con Sol. Sol pasaba algunos ratos con su Gran obra, aquella de la que siempre oía hablar cuando volvía, aquella que había formado una nueva pauta en el lienzo lleno de manchas de pintura que era el suelo del estudio. Dicha Gran obra, eso sí, la escondía antes de que yo llegase a casa y se ponía a trabajar en proyectos más pequeños; lienzos medio cubiertos, manchados de naranja y lavanda, fotografías emborronadas y pequeños retratos con títulos de letra elegante. Yo buscaba pistas de la obra importante por todo el estudio, pero no vi nada extraño en las nuevas pautas en el suelo salvo las salpicaduras: arcos de pintura plateada, lentos y sensuales cerca de la puerta.

Así que no hice caso de La obra. Sol no habló mucho de ella durante nuestros tres años juntos, y yo nunca saqué el tema. Siempre había otros proyectos, otras conversaciones.

—¿Tú crees que tener sexo perpetuo realmente significa saber quién eres? —me preguntó una noche después de hacer el amor. Había vuelto de otra horrible sesión fotográfica en un pueblo embarrado llamado Raíz, los ancianos del cual me explicaron con calma que no creían en «tecnologías innecesarias», como las cañerías. De esa forma me hallé tiritando en una letrina a las catorce de la mañana, deseando estar en casa. Aquí, con Sol.

Sol y yo estábamos juntas en la cama, la sábana envolviéndonos los pies. Nuestros dedos se tocaban.

—Claro —dije yo—. Solo los perpetuos son parte del paisaje histórico. El perpetuismo y la identidad preceden a la toma de la imagen.

Sol suspiró. Aquella noche era un hombre y había perdido peso desde la última vez que lo había visto. Tenía las puntas de los dedos manchados de azul y plata.

—¿Crees que tus amigos están esperando a ser perpetuos o que les gusta ser como son, como las ocho estaciones, cíclicas, siempre cambiando y siempre los mismos?

—No son los mismos —le respondí—, excepto Norma, que es queer. Inmutable.

—Pero sí lo son. Decir que el perpetuismo precede a la identidad es como decir que tus amigos cambian de identidad cada noche.

—¿Por qué lo preguntabas?

Sol jugueteaba con el borde de mi almohada.

—Son cosas en las que he estado pensando; las imágenes y la identidad. Sinceramente, Señal, si fueras diferente cada vez que cambias de sexo, viviría con dos personas distintas. Y eres siempre la misma.

Me senté en la cama, ofendida.

—Eso es...

—¿No soy yo siempre la misma? —me preguntó.

—Lo haces a propósito.

—¿Alguna vez te has vestido como una mujer cuando eras un hombre?

—Solo contigo.

—¿En público?

—Eso es ilegal.

—¿Demasiado político para ti?

—Yo solo...

—Te quiero.

Le observé. Nunca me lo había dicho.

—Te quiero independientemente de tu sexo, y eso cambia las cosas.

—No nos...

—Quiero que seamos una pareja.

Me quedé en silencio un buen rato. Y entonces:

—No estoy listo para ser perpetue.

—Entonces no seremos perpetues. Seamos una pareja adolescente, para siempre.

—No puedes usar «adolescente» y «pareja» en la misma frase —le dije.

—Quiero estar unido a ti. Solo a ti.

Me acerqué un poco y le cogí la mano.

—Vamos a dejar el tema.

Apartó la mano, se levantó en silencio y se puso la bata. Oí cerrarse la puerta del estudio.

Norma me dijo que era idiota.

—¿Me estás diciendo que un pintore guape te dice que eres el amor de su vida y tú pasas de él? Eres más tonto de lo que cree Margen.

Estábamos, por supuesto, en el Sombrerero loco. Página y Plumín eran hombre y mujer, respectivamente, discutiendo sobre si el tutú de Página le quedaba mejor a Plumín que a él, lo cual técnicamente no era una conversación adecuada según la prescripción de género. Margen flirteaba con alguien con nombre de aparato de cocina. Norma bebía tarlos.

—Nunca entenderé qué ve en ti alguien tan brillante como Sol —dijo Norma—. Puedes ser una llorica, una cobardica perezosa cuando te apetece. Sol necesita fuego. Necesita alguien que piense fuera de lo perpetuo.

Eché un ojo a Página y Plumín y dije:

—¿Crees que alguno de nosotros será perpetue algún día?

—No, Señá. Creo que somos los niños perdidos de la historia. Adolescencia perpetua.

Sol se mantuvo como hombre casi cuatro meses: cuatro estaciones, medio año. Pasaba las noches en el estudio y lo cerraba cuando salía.

Recibí mi contrato para ese año; un itinerario detallado por pueblos pequeños y alejados en la provincia del norte, muchos de los cuales no habían sido fotografiados en casi una década. Le dije a Sol que saldría al día siguiente. No dijo nada. Algo se estaba perdiendo.

El día que me fui, Sol me acompañó hasta el túnel plateado del tren.

—Cuando vuelvas mi proyecto estará acabado —me dijo.

Asentí. Yo era mujer aquel día. El primer pueblo en mi trayecto era Lila, un último lugar de descanso para mujeres queer. No tenía permitido fotografiar el pueblo, por supuesto, ya que les queer no pueden formular legalmente una identidad de género por voluntad propia, y están por lo tanto fuera del alcance de la historia. Solo iba para escribir un censo para las autoridades sanitarias.

—He estado pensando sobre ser una pareja —le dije.

Sol me miró.

—Cuando vuelva puedo ser mujer perpetua y tú puedes ser hombre perpetuo. Rellenaremos los formularios del gobierno para...

Sol me puso un dedo en los labios.

—No lo entiendes, Señal. —Me besó y me dejó allí.

Le llamé cada noche, pero el operadore nunca consiguió establecer conexión.

—Nadie coge el receptor —me decía.

Fotografié a cuatro mujeres en Perenne y a treinta y dos hombres en Haya. En Cilantro, un puente se derrumbó y ocho hombres y doce mujeres murieron antes de que pudiera fotografiarles, desapareciendo de la historia para siempre. Conocí a tres hombres llamados Estufa que me invitaron a brindar con ellos. Dormí con una mujer llamada Copa después de fotografiarla desnuda, rodeada de sus doce hijos de sexo perpetuo.

—Es tan agradable poder verles como personas de verdad —me dijo.

Fui en mula y en rickshaw y en carro y en coche a vapor. Un pueblo llamado Magnolia, una mujer llamada Peineta. Una conmoción: hombres queer mendigando frente a un pub en Helecho, les dieron algo y después les dieron palos para que se fueran. Madres vueltas hombres perpetuos, padres vueltos mujeres perpetuas. Niños asexuados intentando cogerme el grabador, tirándome de las mangas. El rostro negro y rayado de alguien llamado Onda, el sexo del cual no supe porque todo lo que vi fueron su cara y sus manos, señalando mi grabador a través de la túnica negra. Dieciocho mujeres en Jacinto con turbantes carmesíes. Dos hombres desnudos en Sauce delgados y musculosos como atletas. Un hombre llamado Escombro. Una mujer llamada Piedra.

Cuando volví a la vía del tren ya era bajo otoño. Conforme el tren serpenteaba hacia la ciudad comenzó a caer la lluvia sobre mi ventana, lenta y constante, formando riachuelos que no dejaban de cambiar. Distintas pautas, distintos caminos, pero siempre lluvia.

Subí la escalera a nuestro piso, pero las luces estaban apagadas. Abrí la puerta y le di a la luz.

Los cuadros de Sol ya no estaban, igual que todas sus cosas. Recorrí lentamente el piso, la sala de estar, el dormitorio. Sus libros ya no estaban, ni sus trajes negros, ni su tutú rojo, ni la bufanda plateada que le regalé por su cumpleaños. Encendí la luz del estudio. Las paredes estaban desnudas. Había dejado el suelo impecable. Paredes blancas, suelo blanco, una sala vacía con vistas a la bahía nublada.

Permanecí inmóvil en el umbral.

Sonó el teléfono.

Solté mi maleta y corrí a la sala de estar. Cogí el receptor.

—Conectado —dijo el operadore.

—¡Sol! —grité.

—¡No, coño! ¿Por qué no estás aquí? —dijo Norma.

—¿Qué?

La voz de Margen sonó como una interferencia a través de otra línea:

—¡La inauguración de Sol es esta noche! ¿Por qué no estás aquí? Te lo dijo, ¿no?

—¿Dónde? —dije yo.

—Dónde va a ser, idiota, en el Sombrerero —dijo Norma—. Ven aquí. ¡Te lo vas a perder!

—Ya voy —dije antes de soltar el receptor. Le operadore me gritaba. Casi bajé las escaleras de dos en dos.

El Sombrerero estaba abarrotado, más que nunca. Adolescentes y perpetues luchaban por espacio. Tres camareros de más servían las copas, saturades. Margen llevaba una túnica negra y altos tacones verdes. Norma vestía un traje vistoso con un pañuelo azul. Página un tutú plateado, Plumín una túnica dorada con botas altas. A mí no me había dado tiempo de ponerme elegante. Ni siquiera sabía con certeza qué sexo tenía.

—¿Dónde está? —pregunté.

Norma me llevó a nuestra mesa. Página, Plumín y Margen se inclinaron adelante para escuchar mejor, y Norma señaló las puertas abiertas de la galería al lado de la barra.

—Nosotres ya hemos entrado. Tienes que verlo, Señá. Esta multitud es de las buenas, pero no va a durar.

—¿Por qué no?

—Tú entra —me dijo Margen.

Me abrí camino como pude hasta la galería a través de la masa de tutús y túnicas. En la primera sala había media docena de cuadros de Sol que ya había visto en alguna forma u otra. Ellos no estaban allí. La segunda galería estaba más llena, y la gente hablaba formando un leve murmullo. Me apretujé como pude para pasar. Alguien me dio un codazo. La bebida de alguien acabó toda encima de mi blusa. Allí solo había una obra compuesta por siete lienzos. Una pequeña cuerda la separaba del gentío y la corriente me empujó hasta ella. Observé las pinturas, solo que...

no eran realmente pinturas.

Comenzaban como fotografías. Siete lienzos. Sol y una compañera sin rostro. Pero donde Sol había pintado se fusionaban formando algo distinto.

Veía siete pinturas ordenadas en vertical sobre la pared, de dos en dos, acercándose más hasta llegar a la última bajo las otras. Las imágenes eran de Sol, fotografías alteradas de su figura inconfundible.

—Sol, varón, bailando con un hombre,
un hombre con un vestido pintado
encima, pintura e imagen,
dos hombres—

—Sol, varón, y su compañero
masculino, dos imágenes, mezclándose,
difuminándose, ¿son todavía dos?—

—Sol, varón... ¿o mujer? ¿bailando con
una mujer vestida
con ropa de hombre?
O una mujer en un vestido plateado—

—Sol, mujer,
bailando con una mujer con una túnica
pintada por encima,
dos mujeres—

—Sol y su compañera femenina, solo
una mezcla; sus manos,
entrelazadas, ¿dos cuerpos, o uno?

—Sol, mujer, con una... tenía que ser
una mujer, pero sin túnica, sin
maquillaje, menos separadas,
acercamiento, dos formas; una—

Y entonces una pintura, una imagen, una forma:
sin sexo, sin género, ni imagen ni pintura, ahora:
una fusión, un baile personal, una imagen mezclada,
dos personas y palabras que ya conocía en el borde
Dicen que el amor tiene...
dicen que el amor tiene un sabor amargo
Yo he probado el amor.
El amor es agri dulce.

Me di cuenta de que la imagen final, esa imagen mezclada, era Sol bailando. Solo Sol; ni hombre, ni mujer, solo la persona a la que amaba, sin sexo, sin género, Sol fluide pintando el pasado, el presente y el futuro de Sol.

Sol se había creado a sí mismo, había esculpido una historia con la imagen, con ese ego. Sin grabadores, sin fotógrafes, solo Sol pintando por encima de la imagen que fotógrafes como yo habrían establecido como la verdad. Rehaciéndola.

La miré. Por cuánto tiempo, no lo sé. En algún momento me di cuenta de que tenía las mejillas mojadas. Me limpié la cara, mis lágrimas.

Una mano en mi hombro.

Me giré.

Sol sonrió.

—¿Te gusta?

No pude decir nada.

—Lo entiendes —me dijo.

Lo entendía. Recordaba los pueblos pequeños, la lluvia sobre la ventana del tren. Recordaba a Onda haciéndome señas para que me acercase. A Margen y Página, Plumín

y Norma. Mis amigos, siempre cambiando, cícliques como las estaciones, siempre les mismos.

—Yo no habría hecho esas fotos que has alterado —le dije.

—Lo sé. Incluso con eso te quiero.

Me sonrió otra vez y se dio la vuelta. La corriente del gentío la absorbía.

Podría haberle cogido la mano. Mis dedos y los suyos, entrelazándose, una fusión, demasiado tarde, de dos cuerpos, dos personas, solo nosotros, no perpetuos, no sexuales, solo personas.

Pero no lo hice. Quería verle marchar, una onda atravesando la ola de gente, primero allí conmigo y entonces perdí, a la deriva y entonces tragado por completo.

Volví al piso. Me senté en el suelo del estudio vacío y lloré.

Sol fluide —siempre llamé así esa obra— llamó la atención de las autoridades gubernamentales y de los puristas morales. Tres meses después Norma me contó que Sol había desaparecido tras una exhibición en una ciudad vecina, Lavanda.

Pasé tres noches en vela preguntándome si habría sido distinto de haberle cogido la mano aquella noche, de haberle dicho que yo también soy infinitamente maleable, que yo también soy capaz de pintar mi propio pasado y mi propio futuro, creando mi propia imagen. Pero le habría estado mintiendo a la persona a la que amaba. Y a mí mismo.

Norma y Margen se convirtieron en una pareja perpetua. Margen tuvo tres hijos. Página y Plumín nunca se asentaron, y quedaron al margen de la historia. No tengo imágenes de Sol más allá de mi propia memoria, y cada día tengo menos, a menudo mezcladas con caras más recientes, mujeres con pecas en tutús rosas en Flor, un hombre rubio en Loto, llamado Cristal, tres niños morenos asexuales en Vistaria con los dedos manchados de pintura. Firmé un contrato permanente con el gobierno. Ya no voy mucho a la ciudad, no me gusta. Me recuerda a mi adolescencia. Ahora soy una mujer perpetua, y cada año pido trabajos más lejos, viajes para censar lejanos pueblos de queers. Los pido porque a veces pienso que cuanto más me aleje de la ciudad, más me alejaré de Sol... más me alejaré de mí mismo.

Deseé por tanto tiempo crear mi propia identidad perpetua que nunca me paré a pensar que quizá cuando la descubriera no me gustaría. Sol tenía razón: todos seguimos siendo los mismos, ahí, en ese lugar que es nuestro ser, en el punto de fusión de la identidad con el sexo, de la existencia con el género, infinitamente maleables. Sol sabía que podías encontrar el punto en el que lo maleable era tu visión del mundo, tu visión de ti mismo, pero yo nunca lo encontré. Quizá no creo en eso. Pero Sol sí. Sol creía en todo.

Incluso en mí.

7.2. Traducción normativa

Rompiendo el género en el pub

Mis amigos son cíclicos, como las ocho estaciones; siempre cambian, siempre son los mismos. Yo nunca lo creí. De los demás, de mí misma. No me gustaba la política.

Fotografío a gente de género perpetuo en pequeños pueblos apartados de la ciudad, pueblos con nombres como Ceniza, Haya y Cilantro. Después de medio año de viaje siguiendo las enfangadas vías del tren, llamando a puertas de madera con nudos atadas con cordel; después de cien debates con operadores sobre llamadas mal dirigidas, recargos, líneas desconectadas o inexistentes; después de todo eso, lo único que quería era volver a la ciudad, al Sombrerero loco a beber y pensar en cualquier cosa menos en política.

Mis amigos apostaban sobre cuándo volvería; nos solíamos encontrar allí trece horas antes del amanecer. Plumín y Página siempre llegaban los primeros, siempre discutiendo: debatían sobre el dogma heterosexista, o sobre quién podría beber más *tarlos* sin incumplir la conducta de género apropiada. Margen solía beber mandalas e insistirme en que era de bárbaros que en este país todavía fuese un tabú beber alimentos procesados.

Norma se presentaba siempre igual, por supuesto. Entraba alto y con las caderas estrechas, como denuncia a las autoridades sociales y la prescripción de género. Se arrancaba la barba porque el gobierno no le permitía eliminársela con cirugía. Su deseo de tener mejillas suaves no encajaba con su prescripción de género, especialmente por ser *queer*.

—No es nada personal —me explicó cuando lo conocí, tras pedirle que fuera mujer por aquella noche—. Es solo que nací así.

Siempre era Norma quien pedía las bebidas: mandalas solos, *sprins* con hielo, cuatro tónicas con *tarlo*... y después pedía las nuestras.

Siempre acabábamos la noche todos borrachos, Margen fuera de sí a mi lado, vistiendo una túnica azul o un tutú rosa y con suficiente maquillaje encima para pintar un paisaje. Plumín y Página gritándose por decidir a quién le tocaba ser hombre en su interminable telenovela de adolescentes, Margen balbuceaba sobre el amante que había perdido aquella noche, y Norma llevaba un vestido de forma ilegal. Dos horas antes del amanecer, cuando las parejas de sexo perpetuo se iban a casa, con sus baños y sus bebés y sus cercas blancas, comenzábamos a hablar de fotografías. Historia. Hablábamos de quiénes éramos y de quién queríamos ser.

Aquellas noches eran las peores.

Pero necesito contarte lo que yo hacía fuera del Sombrero loco, antes de Sol fluido y el fin de la adolescencia. Antes del perpetualismo, de la complacencia, de la madurez.

Las fotografías forman nuestra memoria histórica, nuestro pasado. La imagen de nuestros ancestros, sexados en el ideal de su visión al descubrir nuestro paisaje de arena y piedra, es nuestro punto de partida: ellos sobre la playa negra, envueltos en la persistente niebla marina, posados entre bosques de color ámbar, grabando nuestro paisaje con tanta consideración como grababan su propia existencia; eso era entonces cuando el paisaje todavía era importante. Cada uno de nosotros es recordado del mismo modo. Los fotógrafos, mediante las fotos, prueban nuestra existencia. La mía. La tuya. La nuestra.

Soy una de esos fotógrafos. Ayudo a registrar a cada ciudadano maduro que se haya formado una noción de su identidad de género. En pueblos pequeños como Atanasia o Bardana, en el norte, la mayoría se fotografían como hombres; ese es el género perpetuo que escogieron, y en el que el gobierno dispone que deben ser grabados. Tienes que vivir con el perpetualismo hasta que hayas agotado tu capacidad reproductiva. Después de eso algunos vuelven a cambiar —muchos lo hacen antes de que yo llegue al pueblo— pero de verdad, no importa mucho después de la fotografía; lo que hayas escogido como tu sexo perpetuo de veinte años es aquel por el que serás recordado, aquel que forma tu identidad perpetua para la posteridad. En un pequeño pueblo llamado Hierba, al sur de Atanasia, tuve que esperar cuatro semanas —una estación entera— a que la mitad de los ancianos se hicieran de nuevo mujeres para poder tomar las imágenes que, por ley, los representarían para siempre. Todos esos perpetuos, adultos, tan seguros de quiénes eran, de cuál era su lugar en la vida. Los envidiaba; su inmutable núcleo de identidad, su noción de sí mismos como una parte del presente histórico, permanentemente grabado para nuestro futuro.

Después de conocer a Sol llamaba cada noche que pasaba en uno de esos pueblos diminutos, y cada vez que llamaba, Sol se reía y decía:

—Diles que te manden a casa, Señá. Yo te recordaré quién eres.

Pero la Sociedad Historiográfica tiene su propia agenda, tanto entonces como hoy, y normalmente para cuando llegaba a la ciudad el alto verano ya había acabado, las hojas se volvían de color lavanda y yo ya casi había olvidado las peculiaridades de Sol que me fascinaron desde el primer momento.

El día que conocí a Sol había colocado mi grabador frente a un par de escaparates en un pueblecito llamado Salvia. Unos chicos asexuados estaban tirando piedras a las ventanas de una de las tiendas de golosinas, y quería tomar una fotografía y llevarla a la ciudad para la colección de Salvia de los archivos. La iba a llamar «Violencia fuera del marco», lo cual me parecía bastante ingenioso. Normalmente no nos está permitido fotografiar a menores asexuados. No se les considera parte de la memoria histórica hasta

que hayan escogido un género perpetuo. Sin embargo, los mayores del pueblo estaban teniendo problemas con estos jóvenes vándalos, de modo que me contrataron para que, mediante mi artefacto, les consiguiera las pruebas que necesitaban para exigir una indemnización a las familias de los chicos.

Después de tomar algunas imágenes me avistaron desde la otra punta de la calle y comenzaron a tirarme piedras. Me entró el pánico. Me colgué del cuello el grabador, dejé allí el trípode, crucé a toda prisa la primera puerta que me abrieron...

Y tropecé con un hombre rubio y delgado que daba una presentación estacional sobre teoría de la mutación de sexo a un grupo de prostitutas. Caímos sobre la alfombra granate en un enredo de piernas y brazos. Yo acabé con su pelo en la boca, mi grabador le dio en la entrepierna y él me dio tal puñetazo que me dejó un ojo morado.

El grabador no se rompió y Sol no se había hecho daño de verdad, pero pasó las tres semanas siguientes siendo mujer por puro recelo. Le invité a cenar para compensárselo y respondió que no le gustaba comer en público porque su última pareja era de Tosalina, y para los tosalinos comer en público era poco atractivo.

Nos decidimos por tomar agua helada. Yo la pedí con un cítrico.

Sol gesticulaba con sus finas manos al hablar. Su voz era suave y él era muy abierto y elocuente. Era la única persona cuyos gestos no cambiaban con su sexo. Me seguía mirando directamente a los ojos cuando era hombre, y usaba los mismos gestos afeminados. Cuando se reía seguía sonando a risilla de chica. Su indiferencia hacia la prescripción de género enervaba incluso a algunos de mis amigos. Lo adoraba.

Era delgado y tenía las caderas estrechas incluso cuando era mujer. El gobierno le había recomendado hacerse hombre perpetuo, ya que dar a luz con esa cintura lo mataría. Por eso nunca había tenido ningún problema de identidad desde antes de tener sexo. Siempre la envidié por eso. Era sociosanitaria y orientadora de salud en la Universidad, lo cual explicaba su conferencia en el burdel en Salvia. Practicaba yoga y sabía *jiu-jitsu*.

Al final de nuestra cita de agua helada me pidió mi número. Decía que quería una copia de las fotos cuando salieran.

No volví a la ciudad hasta pasadas dos semanas, y entonces pasé cuatro días encerrada en casa esperando a que llamase. Bebí un montón de agua con sabor a cítrico. Margen y Norma llamaron tres veces, preocupados por mi estado mental.

—Es un ligue de pueblo —me dijo Margen—. He conocido a mil como él. Espabila y ven con nosotros al Sombrerero.

Pero no fui. Sol llamó y me invitó a cenar, intentando superar las manías de su último amante. Pasé tres días intentando decidir con qué sexo presentarme, y una hora antes de la cita llamé a Norma, histérica y pidiéndole consejo.

—Mira —me dijo—, cualquiera a quien las autoridades sociales vayan a etiquetar como hombre perpetuo va a querer pasar alguna noche con un hombre. Le puede ayudar

a compensar los veinte años que le esperan de emparejamiento perpetuo con una mujer. El gobierno mete sus sucias manos en todo.

Así que fui a la cita como hombre y comimos un poco y hablamos un montón. No se me acababan las cosas de que hablar con él. Ambos habíamos estudiado teoría política y ambos aborrecíamos El Revisionismo, el partido político favorito de Norma.

Sol me llevó a su piso. Las paredes brillaban con distintas capas de colores; pinturas.

—¿Quieres algo de beber?

Asentí. Me trajo una tónica con *tarlo* de la cajafría mientras yo miraba los cuadros.

—¿Son tuyos? —le pregunté.

Asintió.

Los colores se desbordaban de los cuadros; naranja, magenta, carmesí, neón, amarillo, turquesa, bermellón, lavanda. En uno de ellos, dos figuras de sexo indeterminado bailaban y se abrazaban. Un marco de palabras demasiado pequeñas como para leerlas los rodeaba. Otro lienzo retrataba la forma de un hombre sexuado vistiendo ropa de género femenino, y una mujer sexuada vistiendo ropa de género masculino. La cartela decía «Dicen que el amor tiene un sabor amargo. ¿Pero qué importa? ¿Qué importa? Yo te he probado. El amor sabe agridulce».

Entonces vi a Sol con otros ojos; el hombre delgado y rubio a mi lado. Eran cuadros cáusticos. Antigobierno. Antiprescripción de género. Norma me había contado lo que le hacían a la gente que creaba obras como esas.

—Te podrían encerrar por esto.

Tomó un trago sin dejar de mirar el cuadro del amor agridulce.

—Quería enseñártelos —respondió—, por si pensabas que soy demasiado revolucionario para asociarte conmigo. —Tenía unas pocas pecas en la nariz y las mejillas. Quería tocarlo.

—No es más que otro de tus encantos —le dije.

Me besó.

Pasé allí la noche.

Margen me dijo que probablemente estaba enamorada.

Nos acurrucábamos en nuestra mesa del Sombrerero. Se me derramaba todo lo que cogía. Plumín y Página charloteaban sobre el curso de lesbianismo de la Escuela de la Sexualidad de Libro. Estaban intentando, sin mucho éxito, mantenerse ambas mujeres durante días seguidos. Era demasiado como el perpetualismo, decían. Margen llevaba un tutú y tacones rojos, pero yo no estaba segura de que fuera una mujer por completo aquella noche. Las ideas políticas de Norma eran pegadizas.

—No quiero estar enamorada —le dije a Margen—. El amor es tan mutable como el sexo.

Puso los ojos en blanco.

—Qué pasa, ¿te crees que se trata solo del sexo? Nunca va solo del sexo. Quizá para los *queers* y los perpetuos, pero no para nosotros. Demasiada variedad. ¿Por qué escoger uno y descartar el otro, si no por amor?

Pero yo no quería estar enamorada. Sabía lo que significaba. Sacrificio. Obligación. Perpetuación. Dos personas se emparejan y tienen que saber quiénes son: para siempre, incambiables, tan permanentes como una fotografía, como la historia.

Sol me pidió que me fuese a vivir con él y me hizo espacio en su piso. Llevé mis fotos, mi grabador, mis discos de vinilo, mi ropa normativa, mis libros de fotografía, los de teoría de género y los de evolución sexual. Me monté mi propio rinconcito dentro de su mundo.

Sol iba a sus clases de *jiu-jitsu* dos veces por semana y pintaba cuatro veces. Cuando estaba fuera, yo me paseaba por su estudio en la habitación libre del piso. Me gustaba tocar los pinceles y mojar los dedos en la pintura. Me gustaba toquetear las cosas que había usado él. El olor de esa habitación siempre me recordaba a Sol: pintura húmeda, los lienzos en blanco, la pintura aguada. Las gotas de pintura en el suelo formaban su propio retrato peculiar de Sol. Siempre que lo echaba de menos divagaba lentamente por esa habitación, bañándome en su aroma.

El gobierno me mandaba fuera cada año, normalmente desde el alto verano hasta la baja primera o el bajo otoño, lo que significaba que solo pasaba medio año con Sol. Sol pasaba algunos ratos con su Gran obra, aquella de la que siempre oía hablar cuando volvía, aquella que había formado una nueva pauta en el lienzo lleno de manchas de pintura que era el suelo del estudio. Dicha Gran obra, eso sí, la escondía antes de que yo llegase a casa y se ponía a trabajar en proyectos más pequeños; lienzos medio cubiertos, manchados de naranja y lavanda, fotografías emborronadas y pequeños retratos con títulos de letra elegante. Yo buscaba pistas de la obra importante por todo el estudio, pero no vi nada extraño en las nuevas pautas en el suelo salvo las salpicaduras: arcos de pintura plateada, lentos y sensuales cerca de la puerta.

Así que no hice caso de La obra. Sol no habló mucho de ella durante nuestros tres años juntos, y yo nunca saqué el tema. Siempre había otros proyectos, otras conversaciones.

—¿Tú crees que tener sexo perpetuo realmente significa saber quién eres? —me preguntó una noche después de hacer el amor. Había vuelto de otra horrible sesión fotográfica en un pueblo embarrado llamado Raíz, los ancianos del cual me explicaron con calma que no creían en «tecnologías innecesarias», como las cañerías. De ese modo me hallé tiritando en una letrina a las catorce de la mañana, deseando estar en casa. Aquí, con Sol.

Sol y yo estábamos juntos en la cama, la sábana envolviéndonos los pies. Nuestros dedos se tocaban.

—Claro —dije yo—. Solo los perpetuos son parte del paisaje histórico. El perpetualismo y la identidad preceden a la toma de la imagen.

Sol suspiró. Aquella noche era un hombre y había perdido peso desde la última vez que lo había visto. Tenía las puntas de los dedos manchados de azul y plata.

—¿Crees que tus amigos están esperando a ser perpetuos o que les gusta ser como son, como las ocho estaciones, cíclicos, siempre cambiando y siempre los mismos?

—No son los mismos —le respondí—, excepto Norma, que es *queer*. Inmutable.

—Pero sí lo son. Decir que el perpetualismo precede a la identidad es como decir que tus amigos cambian de identidad cada noche.

—¿Por qué lo preguntabas?

Sol jugueteaba con el borde de mi almohada.

—Son cosas en las que he estado pensando; las imágenes y la identidad. Sinceramente, Señal, si fueras diferente cada vez que cambias de sexo, viviría con dos personas distintas. Y eres siempre la misma.

Me senté en la cama, ofendida.

—Eso es...

—¿No soy yo siempre el mismo? —me preguntó.

—Lo haces a propósito.

—¿Alguna vez te has vestido como una mujer cuando eras un hombre? —me preguntó.

—Solo contigo.

—¿En público?

—Eso es ilegal.

—¿Demasiado político para ti?

—Yo solo...

—Te quiero.

Le observé. Nunca me lo había dicho.

—Te quiero independientemente de tu sexo, y eso cambia las cosas.

—No nos...

—Quiero que seamos una pareja.

Me quedé en silencio un buen rato. Y entonces:

—No estoy lista para ser perpetua.

—Entonces no seremos perpetuos. Seamos una pareja adolescente, para siempre.

—No puedes usar «adolescente» y «pareja» en la misma frase —le dije.

—Quiero estar unido a ti. Solo a ti.

Me acerqué un poco y le cogí la mano.

—Vamos a dejar el tema.

Apartó la mano, se levantó en silencio y se puso la bata. Oí cerrarse la puerta del estudio.

Norma me dijo que era idiota.

—¿Me estás diciendo que un pintor guapo te dice que eres el amor de su vida y tú pasas de él? Eres más tonto de lo que cree Margen.

Estábamos, por supuesto, en el Sombrerero loco. Página y Plumín eran hombre y mujer, respectivamente, discutiendo sobre si el tutú de Página le quedaba mejor a Plumín que a él, lo cual técnicamente no era una conversación adecuada según la prescripción de género. Margen flirteaba con alguien con nombre de aparato de cocina. Norma bebía *tarlos*.

—Nunca entenderé qué ve en ti alguien tan brillante como Sol —dijo Norma—. Puedes ser una llorica, una cobardica perezosa cuando te apetece. Él necesita fuego. Necesita alguien que piense fuera de lo perpetuo.

Eché un ojo a Página y Plumín y dije:

—¿Crees que alguno de nosotros será perpetuo algún día?

—No, Señá. Creo que somos los niños perdidos de la historia. Adolescencia perpetua.

Sol se mantuvo como hombre casi cuatro meses: cuatro estaciones, medio año. Pasaba las noches en el estudio y lo cerraba cuando salía.

Recibí mi contrato para ese año; un itinerario detallado por pueblos pequeños y alejados en la provincia del norte, muchos de los cuales no habían sido fotografiados en casi una década. Le dije a Sol que saldría al día siguiente. No dijo nada. Algo se estaba perdiendo.

El día que me fui, Sol me acompañó hasta el túnel plateado del tren.

—Cuando vuelvas mi proyecto estará acabado —me dijo.

Asentí. Yo era mujer aquel día. El primer pueblo en mi trayecto era Lila, un último lugar de descanso para mujeres *queer*. No tenía permitido fotografiar el pueblo, por supuesto, ya que los *queer* no pueden formular legalmente una identidad de género por voluntad propia, y por lo tanto están fuera del alcance de la historia. Solo iba hacia allí para escribir un censo para las autoridades sanitarias.

—He estado pensando sobre ser una pareja —le dije.

Sol me miró.

—Cuando vuelva puedo ser mujer perpetua y tú puedes ser hombre perpetuo. Rellenaremos los formularios del gobierno para...

Sol me puso un dedo en los labios.

—No lo entiendes, Señá. —Me besó y me dejó allí.

Le llamé cada noche, pero el operador nunca consiguió establecer conexión.

—Nadie coge el receptor —me decía.

Fotografié a cuatro mujeres en Perenne y a treinta y dos hombres en Haya. En Cilantro, un puente se derrumbó y ocho hombres y doce mujeres murieron antes de que pudiera fotografiarlos, desapareciendo de la historia para siempre. Conocí a tres hombres llamados Estufa que me invitaron a brindar con *tarlos*. Dormí con una mujer llamada Copa después de fotografiarla desnuda, rodeada de sus doce hijos de sexo perpetuo.

—Es tan agradable poder verlos como personas de verdad —me dijo.

Fui en mula y en *rickshaw* y en carro y en coche a vapor. Un pueblo llamado Magnolia, una mujer llamada Peineta. Una conmoción: hombres *queer* mendigando frente a un pub en Helecho, les dieron algo y después les dieron palos para que se fueran. Madres vueltas hombres perpetuos, padres vueltos mujeres perpetuas. Niños asexuados intentando cogerme el grabador, tirándome de las mangas. El rostro negro y rayado de alguien llamado Onda, el sexo del cual no supe porque todo lo que vi fueron su cara y sus manos, señalando mi grabador a través de la túnica negra. Dieciocho mujeres en Jacinto con turbantes carmesíes. Dos hombres desnudos en Sauce delgados y musculosos como atletas. Un hombre llamado Escombro. Una mujer llamada Piedra.

Cuando volví a la vía del tren ya era bajo otoño. Conforme el tren serpenteaba hacia la ciudad comenzó a caer la lluvia sobre mi ventana, lenta y constante, formando riachuelos veleidosos. Distintas pautas, distintos caminos, pero siempre llovía.

Subí la escalera a nuestro piso, pero las luces estaban apagadas. Abrí la puerta y le di a la luz.

Los cuadros de Sol ya no estaban, igual que todas sus cosas. Recorrí lentamente el piso, la sala de estar, el dormitorio. Sus libros ya no estaban, ni sus trajes negros, ni su tutú rojo, ni la bufanda plateada que le regalé por su cumpleaños. Encendí la luz del estudio. Las paredes estaban desnudas. Había dejado el suelo impoluto. Paredes blancas, suelo blanco, una sala vacía con vistas a la bahía nublada.

Permanecí inmóvil en el umbral.

Sonó el teléfono.

Solté mi maleta y corrí a la sala de estar. Cogí el receptor.

—Conectado —dijo el operador.

—¡Sol! —grité.

—¡No, coño! ¿Por qué no estás aquí? —dijo Norma.

—¿Qué?

La voz de Margen sonó como una interferencia a través de otra línea.

—¡La inauguración de Sol es esta noche! ¿Por qué no estás aquí? Te lo dijo, ¿no?

—¿Dónde? —dije yo.

—Dónde va a ser, idiota, en el Sombrerero —dijo Norma—. Ven aquí. ¡Te lo vas a perder!

—Ya voy —dije antes de soltar el receptor. El operador me gritaba. Casi bajé las escaleras de dos en dos.

El Sombrero estaba abarrotado, más que nunca. Adolescentes y perpetuos luchaban por espacio. Tres camareros de más servían las copas, saturados. Margen llevaba una túnica negra y altos tacones verdes. Norma vestía un traje vistoso con un pañuelo azul. Página un tutú plateado, Plumín una túnica dorada con botas altas. A mí no me había dado tiempo de ponerme elegante. Ni siquiera sabía con certeza qué sexo tenía.

—¿Dónde está? —pregunté.

Norma me llevó a nuestra mesa. Página, Plumín y Margen se inclinaron adelante para escuchar mejor, y Norma señaló las puertas abiertas de la galería al lado de la barra.

—Nosotros ya hemos entrado. Tienes que verlo, Señá. Esta multitud es de las buenas, pero no va a durar.

—¿Por qué no?

—Tú entra —me dijo Margen.

Me abrí camino como pude hasta la galería a través de la masa de tutús y túnicas. En la primera sala había media docena de cuadros de Sol que ya había visto en alguna forma u otra. Él no estaba allí. La segunda galería estaba más llena, y la gente hablaba formando un leve murmullo. Me apretujé como pude para pasar. Alguien me dio un codazo. La bebida de alguien acabó toda encima de mi blusa. Allí solo había una obra, compuesta por siete lienzos. Una pequeña cuerda la separaba del gentío y la corriente me empujó hasta ella. Observé las pinturas, solo que...

no eran realmente pinturas.

Comenzaban como fotografías. Siete lienzos. Sol y un compañero sin rostro. Pero donde Sol había pintado se fusionaban formando algo distinto.

Veía siete pinturas ordenadas en vertical sobre la pared, de dos en dos, acercándose más hasta llegar a la última bajo las otras. Las imágenes eran de Sol, fotografías alteradas de su figura inconfundible.

—Sol, varón, bailando con un hombre,
un hombre con un vestido pintado
encima, pintura e imagen,
dos hombres—

—Sol, varón, y su compañero
masculino, dos imágenes, mezclándose,
difuminándose, ¿son todavía dos?—

—Sol, varón... ¿o mujer? ¿bailando con
una mujer vestida con ropa de hombre?
O una mujer
en un vestido plateado—

—Sol, mujer,
bailando con una mujer con una túnica
pintada por encima,
dos mujeres—

—Sol y su compañera femenina, solo
una mezcla; sus manos,
entrelazadas, ¿dos cuerpos, o uno?

—Sol, mujer, con una... tenía que ser
una mujer, pero sin túnica, sin
maquillaje, menos separadas,
acercamiento, dos formas; una—

Y entonces una pintura, una imagen, una forma:
sin sexo, sin género, ni imagen ni pintura, ahora:
una fusión, un baile personal, una imagen mezclada,
dos personas, y palabras que ya conocía en el borde
Dicen que el amor tiene...
dicen que el amor tiene un sabor amargo
Yo he probado el amor.
El amor es agri dulce.

Me di cuenta de que la imagen final, esa imagen mezclada, era Sol bailando. Solo Sol; ni hombre, ni mujer, solo la persona a la que amaba, sin sexo, sin género, Sol fluido, pintando el pasado, el presente y el futuro de Sol.

Sol se había creado a sí mismo, había esculpido una historia con la imagen, con ese ego. Sin grabadores, sin fotógrafos, solo Sol pintando por encima de la imagen que fotógrafos como yo habrían establecido como la verdad. Rehaciéndola.

La miré. Por cuánto tiempo, no lo sé. En algún momento me di cuenta de que tenía las mejillas mojadas. Me limpié la cara, mis lágrimas.

Una mano en mi hombro.

Me giré.

Sol sonrió.

—¿Te gusta?

No pude decir nada.

—Lo entiendes —me dijo.

Lo entendía. Recordaba los pueblos pequeños, la lluvia sobre la ventana del tren. Recordaba a Onda haciéndome gestos para que me acercase. A Margen y Página,

Plumín y Norma. Mis amigos, siempre cambiando, cíclicos como las estaciones, siempre los mismos.

—Yo no habría hecho esas fotos que has alterado.

—Lo sé —me respondió—. Incluso con eso te quiero.

Me sonrió otra vez y se dio la vuelta. La corriente del gentío la absorbía.

Podría haberle cogido la mano. Mis dedos y los suyos, entrelazándose, una fusión, demasiado tarde, de dos cuerpos, dos personas, solo nosotros, no perpetuos, no sexados, solo personas.

Pero no lo hice. Quería verlo marchar, una onda atravesando la ola de gente, primero allí conmigo y entonces perdido, a la deriva y entonces tragado por completo.

Volví al piso. Me senté en el suelo del estudio vacío y lloré.

Sol fluido —siempre llamé así esa obra— llamó la atención de las autoridades gubernamentales y de los puristas morales. Tres meses después Norma me contó que Sol había desaparecido tras una exhibición en una ciudad vecina, Lavanda.

Pasé tres noches en vela preguntándome si habría sido distinto de haberle cogido la mano aquella noche, de haberle dicho que yo también soy infinitamente maleable, que yo también soy capaz de pintar mi propio pasado y mi propio futuro, creando mi propia imagen. Pero le habría estado mintiendo a la persona a la que amaba. Y a mí misma.

Norma y Margen se convirtieron en una pareja perpetua. Margen tuvo tres hijos. Página y Plumín nunca se asentaron, y quedaron al margen de la historia. No tengo imágenes de Sol más allá de mi propia memoria, y cada día tengo menos, a menudo mezcladas con caras más recientes, mujeres con pecas en tutús rosas en Flor, un hombre rubio en Loto, llamado Cristal, tres niños marrones asexuados en Vistaria con los dedos manchados de pintura. Firmé un contrato permanente con el gobierno. Ya no voy mucho a la ciudad, no me gusta. Me recuerda a mi adolescencia. Ahora soy una mujer perpetua, y cada año pido trabajos más lejos, viajes para censar lejanos pueblos de *queers*. Los pido porque a veces pienso que cuanto más me aleje de la ciudad, más me alejaré de Sol... más me alejaré de mí misma.

Deseé por tanto tiempo crear mi propia identidad perpetua que nunca me paré a pensar que quizá cuando la descubriera no me gustaría. Sol tenía razón: todos seguimos siendo los mismos, ahí, en ese lugar que es nuestro ser, en el punto de fusión de la identidad con el sexo, de la existencia con el género, infinitamente maleables. Sol sabía que podías encontrar el punto en el que lo maleable era tu visión del mundo, tu visión de ti mismo, pero yo nunca lo encontré. Quizá no creo en eso. Pero Sol sí. Sol creía en todo.

Incluso en mí.

8. Conclusiones

Habituarse al género neutro no es fácil. A nosotros mismos nos ha costado llevar a cabo la traducción del texto sin que se escaparan pronombres o adjetivos en masculino, y en el proceso incluso hemos llegado a escribir incorrectamente palabras que conocemos perfectamente. Además, el resultado resulta un poco difícil de entender a quien lo lee sin estar al día del asunto, e igualmente confunde a quien sí lo está. ¿Significa eso que el resultado es insatisfactorio? En absoluto. Es cierto que el castellano no goza de las mismas facilidades que el inglés o el sueco para llegar a ser inclusivo, pero que el género neutro solo resulte confuso es un gran comienzo. Este cambio en la lengua no se producirá pronto, pero tampoco es imposible, principalmente porque la lengua puede cambiar; ya lo hace sin nuestro permiso, ¿por qué no iba a hacerlo si los hablantes se lo proponen? Del mismo modo que se puede aprender un nuevo idioma, se puede aprender a hablar la lengua nativa de una forma ligeramente distinta, y eso no conllevaría ningún perjuicio porque no hay forma moralmente correcta de hablar ninguna lengua, del mismo modo que hablar de forma distinta de como se hablaba hace medio siglo no nos ha quitado al Quijote, ni al Lazarillo ni las *Luces de bohemia*. Es más, afirmamos con comodidad que la diversidad tiene un efecto enriquecedor en cualquier cultura, y que los frutos que dará esta innovación en la lengua (llegue cuando llegue) serán apreciables por toda la sociedad.

Por otro lado, es cierto que la sociedad española actual no está interesada en este cambio y que mientras se mantenga esa postura tanto entre la población como entre las instituciones del gobierno, la inclusividad en la lengua avanzará a un ritmo insatisfactorio.

9. Bibliografía. Obras consultadas

- Anders. (2014). «Så snabbt ökar hen i svenska medier». *Språktidningen*.
<http://spraktidningen.se/blogg/sa-snabbt-okar-hen-i-svenska-medier> [Consulta 14/07/2018]
- Atladottir, Margret. (2012). «När könet är okänt». *Nöjesguiden*.
<https://ng.se/artiklar/nar-konet-ar-okant> [Consulta 14/07/2018]
- Ballou, Adrian. (2015). Boys, Girls, Neither, Both? Why Assuming Is Awkward (And What to Ask Instead). *Everyday Feminism*.
<https://everydayfeminism.com/2015/05/assuming-gender/>. [Consulta 14/07/ 2018]
- Blanco, Celia. (2017). Maldita transfobia. El horror de no ser cisgénero. *El País*.
https://elpais.com/elpais/2017/11/28/mordiscos_y_tacones/1511882604_778342.html. [Consulta 14/07/2018]

- Butterfield, Jeremy (2015). *Fowler's Dictionary of Modern English Usage*. Oxford University Press.
- Csicsery-Ronay Jr, Istvan. (1996). «The Seven Beauties of Science Fiction». *Science Fiction Studies* 23.3: 386. [Consulta 14/07/2018]
- Dunås, Rolf. (1966). «Vem fans eller Vems fans?». *Språklådan. Upsala Nya Tidning*. <https://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:534766/ATTACHMENT02.pdf> [Consulta 14/07/2018]
- Garner, Bryan A. (2016). *Garner's Modern English Usage*. Oxford University Press.
- Gubb, Sophia. nd. Construyendo un género neutro en español – Para una lengua feminista, igualitaria e inclusiva. *Sophia Gubb's Blog*. <http://www.sophiagubb.com/construyendo-un-genero-neutro-en-espanol-para-una-lengua-feminista-igualitaria-e-inclusiva/>. [Consulta 14/07/2018]
- Hurley, Kameron. (2004). *Genderbending at the Madhattered. Strange Horizons*. <http://strangehorizons.com/fiction/genderbending-at-the-madhattered/> [Consulta 14/07/2018]
- Morgenthaler, Jeffrey. (2008). Up, Neat, Straight Up, or On the Rocks. Jerry Morgenthaler. <http://www.jeffreymorgenthaler.com/2008/up-neat-straight-up-or-on-the-rocks/> [Consulta 14/07/2018]
- Nani. (2018). ¿Qué significa ser no-binario? *Lesbicanarias*. <https://lesbicanarias.es/2018/02/13/significa-no-binario/> [Consulta 14/07/2018]
- Olson, Lova. (2013). «Arnholm lanserar ”hen” i riksdagen». Svenska Dagbladet. <https://www.svd.se/arnholm-lanserar-hen-i-riksdagen> [Consulta 14/07/2018]
- Orozco Tutorán, Mariana. (2012). *Metodología de la traducción directa del inglés al español. Materiales didácticos para la traducción general y especializada*. Granada, Comares.
- Redacción BBC Mundo. (2015). «El pronombre neutro con que Suecia quiere fomentar la igualdad de género». *BBC*. http://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2015/04/150330_suecia_pronombre_neutro_sem_wbm [Consulta 14/07/2018].
- Villavicencio Bellolio, Piedad. (2011). Género neutro – La esquina del idioma. *El Universo*. <https://www.fundeu.es/noticia/la-esquina-del-idioma-genero-neutro-6479/> [Consulta 14/07/2018]
- Walsh, Bill. (2015). «The post drops the ‘Mike’ — and the hyphen in ‘e-mail’». *Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/opinions/the-post-drops-the-mike--and-the-hyphen-in-e-mail/2015/12/04/ccd6e33a-98fa-11e5-8917-653b65c809eb_story.html [Consulta 14/07/2018].
- Warenda, Amy. (1993). «They». *Writing Across the Curriculum* 4: 99-107.

10. Anexos

Texto original

Genderbending at the Madhattered

My friends are cyclical, like the eight seasons—always changing, always the same. I never believed this. About them. About myself. I didn't like politics.

I photograph the perpetually gendered in little rural towns outside the city, towns with names like Ash and Beech and Coriander. After half a year of churning along muddy rails, knocking on knotty doors tied with twine; after half a hundred debates with operators about misdirected calls, charges, disconnected or nonexistent lines; after all that, all I wanted was to be back in the city, drinking at the Madhattered, thinking about anything but politics.

My friends kept tabs on when I'd be in; we'd meet at the Madhattered thirteen hours till dawn. Nib and Page were always there first, always arguing: debates about heterosexist dogma, or who could drink the most tarls without compromising gender propriety. Margin would drink mandalas and tell me it was barbaric that there was actually a country where drinking processed food was taboo.

Rule showed up the same every night, of course. He'd walk in, tall and straight-hipped, denouncing social authorities and gender prescription. He'd come in with his beard plucked because the government wouldn't let him get it surgically eradicated. His wish for smooth cheeks fell outside his gender prescriptions, especially since he was queer. "Nothing personal," Rule told me the first time we met, when I asked him to be female for the night, and he admitted to his inability to alter sex. "Just born that way."

Rule always ordered the drinks: mandalas straight up, sprins over ice, four tonic and tarls . . . and then he'd order drinks for the rest of us.

By the end of the night, we were always drunk, and Margin would be slumped over in the seat next to mine, wearing a blue tunic or pink tutu and enough makeup to paint a landscape. Margin would blubber about the latest love he or she had lost that night, Page and Nib would be yelling about whose turn it was to be male in their ongoing adolescent opera, and Rule would be wearing a dress, illegally. Around two hours till dawn, when the perpetually sexed couples were going home to baths and babies and picket-fenced houses, we'd start to talk photographs. History. We would start talking about who we were, who we wanted to be.

Those were the worst nights.

But I need to tell you what I did outside the Madhattered, before Liquid Sunshine and the end of adolescence. Before perpetualism, complacency, adulthood.

Photographs form our historical memory, our past. The image of our forebears, sexed in the ideal of their vision upon our discovered landscape of sand and stone, is our starting point: they upon the black shores, wrapped in lingering sea-fog, posed among amber

forests, recording our landscape as significantly as the record of their own existence; back when the landscape was still significant. Each of us is remembered in the same way. Photographers, through photos, prove our existence. Mine. Yours. Ours.

I'm one of those photographers. I help document every mature citizen who's formulated a sense of gendered identity. In little towns like Tansy and Burdock in the north, most people are photographed male; that's the perpetual gender they chose, the one the government ordains they're recorded in. You're stuck with perpetualism until you've dried up your breeding potential. Some change back afterwards—many do before I come to town—but really, it doesn't much matter after the photograph; whatever you've chosen as your twenty-year perpetual sex is the one you'll be remembered by, the one that forms your perpetual identity for posterity. In a little town south of Tansy called Grass, I once waited four weeks—a whole season—for half the elder population to shift itself back to female so I could capture the images of themselves they were bound by law to portray for posterity. All those perpetuals, adults, so certain of who they were, where they belonged. I envied them: their unchanging core of identity, their sense of themselves as a part of our historical present, permanently recorded for our future.

After I met Sunshine, I called every night I spent in those tiny towns, and every night Sunshine laughed and said, "Cue, have them send you home. I'll remind you who you are."

But the Historiographical Society has its own agenda, both now and then, and by the time I got back to the city, high summer was usually over, the leaves were turning lavender, and I'd almost forgotten those peculiar things about Sunshine that fascinated me from the start.

When I first met Sunshine, I had my imager set up outside a couple of storefronts in a backward little town called Sage. Some neuter youths were throwing stones at the windows of one of the tuck shops, and I wanted to bring a copy of the photograph back to the city and put it into the Sage collection in the archives. I was going to call it "Violence Outside the Window," which I thought was quite clever. We're normally not allowed to photograph underage neuters. They're not considered a part of historical memory until after they've chosen a perpetual gender. In this case, however, the town elders had had trouble with these neuters vandalizing storefronts, and they employed me to provide the artifact with which to procure compensation from the neuters' families.

After I'd snapped a few images, the neuters caught sight of me at the end of the street. They started throwing stones at me. I panicked, looped my imager around my neck, left the tripod, and ducked into the first door along the street that opened for me—

and tumbled into a thin blond man giving a seasonal presentation on sex mutation theory to a room full of prostitutes. The man and I crumpled onto the maroon carpet in a tangle of arms and legs. I got a mouthful of his hair, my imager banged into his groin, and he punched me so hard he gave me a black eye.

The imager didn't break, and Sunshine wasn't really hurt, but he spent the next three weeks being female out of spite. I asked her to lunch to make up for it. She said she didn't like to eat in public because her last partner was from Thosaline, and Thosalines considered eating in public aesthetically unappealing.

We settled on iced water. I had a citrus in mine.

Sunshine gestured with her slender hands when she spoke. Her voice was soft, and she was very open, articulate. She was the only person I'd ever met whose mannerisms remained the same no matter their sex. Sunshine still looked me directly in the eye when male, and used the same effeminate gestures. His laugh still came out a girlish giggle. Sunshine's indifference to gender prescriptions unnerved even *my* friends.

I loved Sunshine for it.

Sunshine was slim and straight-hipped, even when female. The government had recommended she become perpetually male, as bearing children would likely kill someone with hips like hers. Because of that, he hadn't had any identity issues since he was a neuter. I always envied her that. She worked as a social health worker and disease counselor for the city University, which explained his lecture at the brothel in Sage. He practiced yoga and knew jujitsu.

Sunshine asked for my call number at the end of our iced-water date. She said she wanted to get a copy of the prints when they were done.

I didn't get back to the city for another two weeks after that, and then I spent four days locked up in my flat waiting for her to call. I drank a lot of citrus-flavored water. Margin and Rule called me three times, concerned about my mental state.

"She's a small-town flirt," Margin said. "I've met a thousand like them. Get off the floor. Come meet us at the Madhattered."

But I didn't go. And Sunshine called. When she asked me out for dinner (attempting to get over her previous lover's aversions), I spent the next three days trying to decide which sex I should show up as. An hour before I was to meet Sunshine, I made a hysterical call to Rule asking for advice.

"Listen," he said, "anyone the social authorities are going to tag as perpetually male's going to want to spend a night with a male. Might help some in making up for that twenty years of perpetual pairing with a woman he's got ahead of him. Government's got their dirty fingers in everything."

So I met Sunshine as a male, and we ate a little, and talked a lot. I never ran out of things to say to him. We had both studied political theory and both had an aversion to Revisionism, Rule's political party of choice.

Sunshine took me back to his flat. Inside, bright washes of color lined the walls—paintings.

"You want a drink?" Sunshine asked.

I nodded. He brought me back a tonic and tarl from the coldbox as I looked over the paintings.

"You did these?" I asked.

He nodded.

The paintings were a wash of bright colors—orange, magenta, crimson, neon yellow, turquoise, vermilion, lavender. In one of them, a pair of figures of indeterminate sex danced and embraced. A frame of words bound them, too small to read. Another canvas portrayed the form of a sexed male wearing gendered female clothing, and a sexed female wearing gendered male clothing. The script border read, "They say love has a bitter taste. But what matter? What matter? I have tasted you. Love is bittersweet."

I studied Sunshine with new eyes—the thin, yellow-haired man beside me. These were caustic paintings. Anti-government. Anti-gender prescription. Rule had told me what they did to people who created work like this.

"You could be bound for painting these," I said.

He sipped his drink, still staring at the "love is bittersweet" painting.

"I wanted to show you," he said, "in case you thought I was too revolutionary to associate with." He had a smatter of freckles across the fair skin of his nose and cheeks. I wanted to touch him.

"It's just one more thing to like," I said.

Sunshine kissed me.

I spent the night.

Margin told me I must be in love.

We huddled over our table at the Madhattered. I spilled everything. Nib and Page were babbling about their lesbian sexuality course at Book's School of Sexuality. They were having trouble remaining dually female for consecutive days; too much like perpetuality, they said. Margin wore a tutu and red heels, but I wasn't so certain she was totally female-sexed that night. Rule's politics were catching.

"I don't want to be in love," I told Margin. "Love is as changeable as sex."

Margin rolled her (his?) eyes. "What, you think it's just about the sex? It's never just about the sex. Maybe for the queers and the perpetuals, but not for us. Too much variety. Why choose one over another, if not for love?"

But I didn't want to be in love. I knew what that meant. Sacrifice. Obligation. Perpetuation. Two people pair up and they have to know who they are: forever, unchangeable, as permanent as a photograph, as history.

Sunshine asked me to move in. Sunshine made room in the flat for me. I brought in my photographs, my imager, my set of recording disks, my gendered wardrobes, my set of

photography books, gender-theory books, and sexual evolution books. I carved out my own little corner of Sunshine's world.

Sunshine went to jujitsu class twice a week and painted four times a week. Whenever Sunshine was gone, I went through the painting studio in the flat's spare bedroom. I liked to touch the brushes and dabble my fingers in the paint. I liked handling the things Sunshine had held. The smell of that room always reminded me of Sunshine: wet paint, fresh canvas, watered down color. The paint drippings on the floor made their own unique Sunshine portrait. Whenever I missed my lover I would move quietly through that room, breathing in the scent of Sunshine.

The government sent me out every year, usually from high winter or low spring to low autumn, which meant that I only spent about half of every year with Sunshine. Sunshine spent odd moments on the Great Work, the one I always heard about when I came back, the one that gave a new pattern to the paint-drippings portrait on the uncovered studio floor. The Work itself, though, Sunshine always spirited away before I came home, and switched to working on smaller projects: half-covered canvases smeared in orange and lavender, smudged photographs and small portraits framed in elegant script. I searched the studio for clues of the larger piece, but found nothing unusual about the new pattern on the floor but the slow, sensual silver arcs of spattered paint by the door.

So I ignored the Work. Sunshine did not speak much of it in our three years together, and I never brought it up. I didn't see a need to. There were always other projects, always different conversations.

"Do you believe being perpetually sexed really means you know who you are?" Sunshine asked me one night after we'd made love. I'd gotten back from another terrible historical imaging in a muddy town called Root whose elders quietly told me they did not believe in "unnecessary technologies"—like plumbing. I'd found myself shivering in an outhouse at fourteen in the morning, wishing I was home. Here. With Sunshine.

Sunshine and I lay side by side, blankets bunched up around our feet. Our fingers touched.

"Of course," I said. "Only perpetuals are part of the historical landscape. Perpetualism and identity precede imaging."

Sunshine sighed. He was male that night, and he'd lost weight since I'd last seen him. Blue and silver paint stained his fingertips.

"You think your friends are waiting to be perpetual, or do they like being like they are, like the eight seasons, cyclical, always changing, always the same?" Sunshine asked.

"They aren't the same," I said, "except Rule. Queer. Changeless."

"But they *are*," Sunshine said. "Believing that being perpetual precedes identity, you'd be arguing that your friends change identity every night."

"Why are you asking?"

Sunshine toyed with the edge of my pillowcase. "Something I've been thinking about. About images and identity. Honestly, Cue, if you were different every time you swapped, I'd be living with two different people. You're always the same."

I sat up, offended. "This is—"

"Aren't I always the same?" Sunshine asked.

"You do it on purpose."

"Have you ever dressed like a woman while you were a man?" Sunshine asked.

"Only with you," I said.

"In public?"

"That's illegal."

"Too political for you?"

"I just—"

"I love you."

I looked over at him. He had never told me that before.

"I love you no matter what sex you are," Sunshine said, "and that changes things."

"Let's not—"

"I want us to be a couple."

I stayed silent for a long while. Then, "I'm not ready to be perpetual."

"Let's not be perpetual. Let's be an adolescent couple, forever."

"You can't use 'adolescent' and 'couple' in the same sentence," I said.

"I want to be bound to you. Just you."

I reached over and took Sunshine's hand. "Let's not talk about this anymore."

Sunshine pulled his hand away. He stood up quietly, pulled on his robe. I heard the door to his studio close.

Rule told me I was a fool.

"You're telling me a beautiful painter says you're the love of their life and you blow them off? You're stupider than Margin gives you credit for."

We were, of course, at the Madhattered. Page and Nib were male and female, respectively, arguing about whether or not Nib looked better in Page's tutu than Page did, which technically wasn't an appropriately gender-prescribed discussion. Margin was flirting with someone named after a kitchen appliance. Rule was drinking tarls.

"I'll never understand what a bright person like Sunshine sees in you," Rule said. "You can be mewling. A lazy coward, when the mood suits you. Sunshine needs fire. Someone whose thinking works outside the perpetual."

I glanced over at Page and Nib and Margin. "You think any of us is ever going to be perpetual?"

"No, Cue. I think we're the lost children of history. Perpetually adolescent."

Sunshine remained male for almost four months: four seasons, half the year. He spent his nights in his studio. He locked it whenever he left.

I received my government contract for the year, a detailed itinerary of little towns on the outskirts of the northern province, most of which hadn't been photographed in almost a decade. I told Sunshine that I'd be leaving the next day. He said nothing. Something was slipping away.

The day I left, Sunshine walked me to the silver tube of the train.

"When you get back my project will be done," he said.

I nodded. I was female that day. The first town on my itinerary was Lilac, a last resting place for female queers. I wasn't allowed to photograph the town, of course, because queers can't legally formulate a self-willed gendered identity—and are therefore outside the realm of history. I was only going there to take a written census for the health authority.

"I've been thinking about being a couple," I said.

Sunshine glanced up at me.

"When I come back I can be perpetually female," I said, "and you can be perpetually male. We'll sign the government forms for—"

Sunshine put his finger to my lips. "You don't understand, Cue." He kissed me. He left me.

I called Sunshine every night, but the operator could never get a connection through. "No one's picking up the receiver," the operator said.

I photographed four women in Evergreen and thirty-two men in Beech. In Coriander, a bridge washed out, and eight men and twelve women died before I could photograph

them, erasing them from history forever. I met three men named Stove who took me out for tarls and toast. I slept with a woman named Cup after I photographed her nude, surrounded by her twelve perpetually sexed children.

"It's so good to see them all as real people," she told me.

I went by mule and rickshaw and carriage and steam car. A town named Magnolia, a blond woman named Comb. A stir of queer men outside a pub in Fern being given handouts and then beaten away with sticks. Mothers now perpetually male, fathers now perpetually female. Neuter children plucking at my imager, tugging at my sleeves. The black, lined face of a person named Ripple whose sex I never knew, because all I saw was the face and hands, gesturing for the imager through the folds of a black robe. Eighteen women in Hyacinth wearing crimson headbands. Two nude men in Willow with bodies lean and sinewy as whips. A man named Rubble. A woman named Stone.

When I got back to the train line it was already low autumn, and as the train curled toward the city, the rain started, slow and steady, streaming past my windowpane in ever-changing rivulets. Different patterns, different paths, but always rain.

I climbed the stairs to the flat Sunshine and I shared, but there were no lights on. I unlocked the door and palmed on the light.

Sunshine's paintings were gone. All of Sunshine's things were gone. I walked slowly through the flat, the living space, our bedroom. Her books were gone, his black suits, her red tutu, the silver scarf I gave him for her birthday. I turned on the light in the studio. The room was bare. The floor had been scraped clean. White walls, white floor, an empty room looking out onto the cloud-heavy bay.

I stood in the doorway, numb.

The phone rang.

I dropped my traveling case and ran to the living area, picked up the receiver.

"Connected," the operator said.

"Sunshine!" I cried.

"Fuck, no! Why aren't you here?" Rule said.

"What?"

Margin's voice crackled in through another line. "Sunshine's opening is tonight! Why aren't you here? He told you, didn't she?"

"Where?" I said.

"Where else, fool, the Madhattered," Rule said. "Get over here. You're missing it!"

"I'm coming," I said, and dropped the receiver. The operator yelled at me. I darted down the stairs.

The Madhattered was crowded, more crowded than it had ever been. Adolescents and perpetuals vied for space. Three extra bartenders tossed drinks. Margin wore a black tunic and four-inch green heels. Rule dressed in a snazzy suit with a blue kerchief. Page wore a silver tutu. Nib wore a gold tunic and thigh-high boots. I hadn't had time to dress up. I wasn't even sure what sex I was.

"Where is she?" I asked.

Rule pulled me up to the table. Page and Nib and Margin all leaned in. Rule pointed to the open gallery doors by the bar. "We've been in. You have to see it, Cue. This is a good crowd, but it won't last."

"Why not? What's wrong?" I asked.

"Go," Margin said.

I pushed my way to the gallery, through the mass of tutus and tunics. In the first room were half a dozen of Sunshine's paintings, all of which I'd already seen, in one form or another. Sunshine wasn't there. The second gallery, behind the first, was more crowded, and more people were talking in there, a low rumble of voices. I squeezed my way past the crowd. Someone elbowed me. A drink spilled across the front of my blouse. There was only one work in there, made up of seven canvases. A little rope cordoned it off from the press of people. I was forced up against the rope. I gazed at the paintings, only—

they weren't really paintings.

They had begun as photographs. Seven canvases. Sunshine and a faceless partner. But when Sunshine added paint, they merged into something else.

I saw seven paintings arranged vertically along the far wall, two-by-two, progressing closer to one another as they moved inward to frame the final painting mounted below them. The images were of Sunshine, altered photographs of Sunshine's unmistakable form:

—Sunshine, male, dancing
with a man, a man with a dress painted
onto him, paint and image, two men—

—Sunshine, male, and his male
partner, two images, merging,
becoming blurred, still two?

—Sunshine, male . . . or female?
dancing
with a female in men's garb?
Or a female in a suit of silver—
him, whirling, blur, haze,

—Sunshine, female,
dancing with a female painted
over with a tunic, two women—

—Sunshine and her female partner,
only, a merging; their hands,
entwined, two bodies, or one?

—Sunshine, a female, with a—
Had to be a female . . . no matter
the tunic, the lack of rouge,
but they were less separate, a
coming-

together, two forms: one—

They say love hath . . .
they say love hath a bitter taste—
I have tasted love—
Love is bittersweet.

I went back to the flat. I sat down on the floor of the empty studio and cried.

Liquid Sunshine—I always thought of the piece that way—drew attention from government authorities and moral purists. Rule told me three months later that Sunshine had disappeared after an exhibition in a neighboring city, Lavender.

I sat up for three nights wondering if it would have been different if I had reached out for Sunshine's hand that night, if I had told Sunshine that, I, too am infinitely malleable, that I, too, am capable of painting my own past and future, creating my own image. But I would have been lying to the one person I loved. And to myself.

Rule and Margin became a perpetual couple. Margin bore three children. Page and Nib never settled, and were lost to history. I have no images of Sunshine but memory. They are fewer and fewer these days, often mixed with more recent faces, freckled women in purple tutus in Flower, a blond man in Lotus named Glass, three brown neuter children in Wisteria with paint-stained fingers. I signed a permanent government contract. I don't come back to the city much. I don't like to. It reminds me of my adolescence. I am perpetually female now, and every year I ask for assignments further afield, census trips to remote queer villages. I ask for them because sometimes I think that the farther I go from the city, the farther I will get from Sunshine . . . the farther I will get from myself.

I longed to create my own perpetual identity for so long that I never stopped to think that perhaps I would not like it when I discovered it. Sunshine was right: we all stay the same, there, in that place that is ourselves, the blending point of sexed identity, gendered existence, infinitely malleable. Sunshine knew that you could find that place where the malleable was your view of the world, your view of yourself, but I never found that. Maybe I don't believe in it. But Sunshine did. Sunshine believed in everything.

Even me.